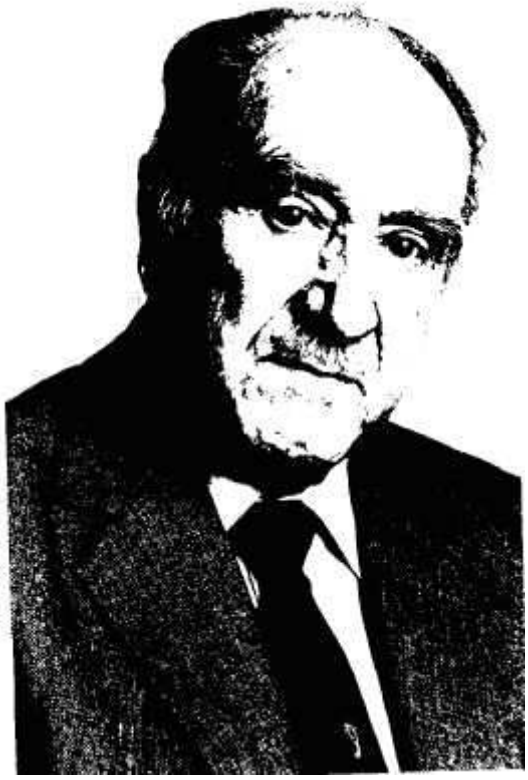
HÉCTOR HOMERO MUIÑOS

(1888-1971)

Washington Buño

En 1973, Washington Buño trazó una semblanza de Héctor H. Muiños, como Prólogo a una edición de la biografía de Francisco Soca que éste había escrito antes. El colofón del nuevo libro indica *Esta obra sobre Francisco Soca de la que es autor el Dr. Héctor H. Muiños fue compuesta e impresa por los Talleres Gráficos Barreiro y Ramos S.A. Se terminó de imprimir en Montevideo, el día 1º del mes de junio de 1973, aniversario del natalicio del Dr. Muiños, quien consagró los dos últimos años de su vida a escribirla para prologar la "Selección de Discursos" de Francisco Soca, editados en la "Colección de Clásicos Uruguayos".* El estudio de Buño permite conocer detalles de su vida, familia y educación, pero particularmente de la personalidad médica y humanística del biografiado. Se trata de una obra rara de hallar, que llegó a mis manos por obsequio del Sr. Jorge Silvera, sobrino de la esposa viuda de Muiños, a quien mucho agradezco su recuerdo.

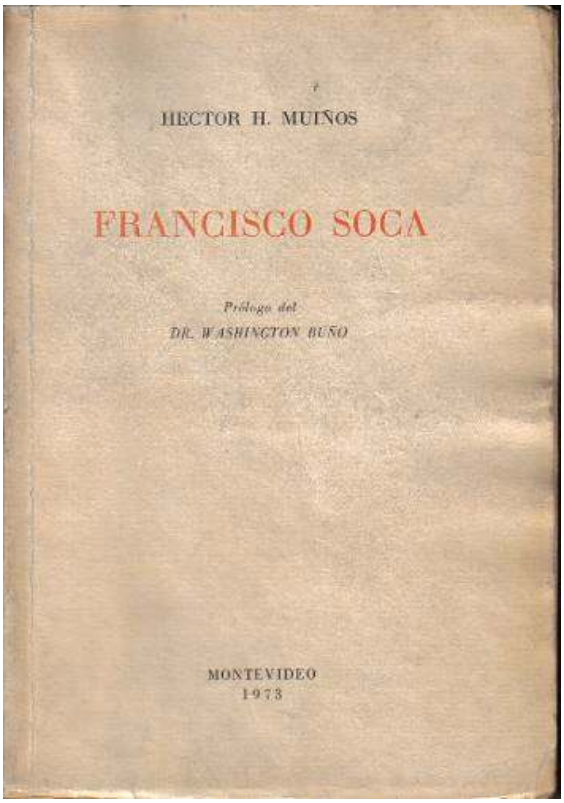
Washington Buño (1909-1990) ingresó a la Facultad de Medicina en 1927, graduándose en 1940. Fue Profesor Director de la Cátedra de Histología y Embriología, por concurso de oposición desde 1942 y desde 1948 fue uno de los primeros docentes en régimen de dedicación total de la Universidad de la República. Decano de la Facultad entre 1963 y 1966, había sido antes Consejero desde 1951 a 1955. Renunció en julio de 1973 a la Cátedra, y desde entonces se dedicó de forma apasionada a la Historia de la Medicina, siendo muy nutrida su producción. Fue de los fundadores de la Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, y su primer Presidente en 1985-1988, luego de obtener la Sociedad su personería jurídica. En consecuencia, además de conocer al biografiado y haberlo tratado extensamente, investigó la documentación que le facilitó la familia de H. H. Muiños para elaborar esta biografía. [1] Una versión resumida de esta biografía fue publicada en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II, 1989.[2] Aquí tenemos la versión completa y más rica, que muestra en toda su magnitud al personaje biografiado.



WASHINGTON BUÑO (1909-1990)

[1] MAÑÉ GARZÓN, Fernando, RIZZI CASTRO, Milton y SANTURIO SCOCOZZA, Mariángela: Bio-bibliografía de Washington Buño (1909-1990). En: http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/buno-bio-biblio.pdf (Consultada el 30.03.2013).

[2] BUÑO, Washington: Héctor H. Muiños (1888-1971). Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo 2, 1989, Horacio Gutiérrez Blanco (Editor), pp. 289-299. En: http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_43_muinos.pdf (Consultada el 30.03.2013).



"Aussi faut-il, reprenant chacun des points susdits, transporter *la philosophie dans la médecine, et la médecine dans la* ***philosophie. Le médecin philosophe est égal aux dieux".***

Hippocrate: **Oeuvres complètes. Trad. E. Littré. 1861; De la bienséance. V; Vol. 9; pág. 233.**

La magnífica semblanza de Soca contenida en este volumen fue trazada por un discípulo, que fue él mismo un médico de excepcional capacidad clínica y un escritor de indudable mérito. Durante diez años estuvo junto a Soca como alumno y colaborador directo en las inolvidables clases de la *Sala Argerich* (hoy *Sala Soca*) en el viejo Hospital Maciel. Ha expresado, reiteradamente, que su encuentro con Soca signó de modo definitivo su personalidad médica, y en un momento culminante de su vida, cuando tiene que cuidar al Maestro moribundo y hace revisión angustiada de todo lo que le debía; en esa noche interminable de inútil e impotente vela, desfilaron por su imaginación todos los recuerdos de diez años de vida de estudiante y de joven médico; los grandes, los imborrables, los incomparables años

de su aprendizaje y tuvo clara vivencia de cuanto debía al ejemplo de aquel talento genial.

Y esta constancia de reconocimiento y admiración que Héctor Homero Muiños rinde a Soca moribundo culmina cuando, medio siglo más tarde, casi al final de su vida, traza esta admirable semblanza en que se revela, a través de un epistolario excepcional y de superior valor histórico, aquella personalidad fuerte, desbordante y dura, pero matizada con rasgos de rara sensibilidad, que Muiños destaca con mano maestra.

Fue tal la devoción por el Maestro que tuvo como norte y ejemplo en su vida de médico, que destacó su valor en cuantas oportunidades se le presentaron y conservó como reliquia, hasta el fin de su vida, numerosas cuartillas con membrete *Hospital Maciel,* fechadas en 1914, es decir cuando era estudiante de 4º año, en las que, con la caligrafía descuidada del apunte de clase, se recogen las lecciones de Soca sobre asma, insuficiencia aórtica, tuberculosis, etc.

Héctor H. Muiños logró merecidamente en la medicina nacional un puesto de singular distinción y alcanzó grandes honores. Las aristas más salientes de su personalidad fueron su dedicación fervorosa de todo momento, durante toda su vida, a la profesión a que la vocación lo llamó desde muy joven. Ejerce la medicina con permanente sentido crítico, que le permite advertir cambios vertiginosos en la forma de la relación médico-enfermo, por lo que siente el deber de dar su grito de alarma cuando percibe que toda una etapa tradicional del ejercicio profesional y que él ha cumplido como pocos, la del médico de familia, va despareciendo, inevitablemente, para dar paso a formas más despersonalizadas de la asistencia médica; a la medicina de equipo, en donde el aparato, el análisis, la radiografía, en fin todas las formas del ejercicio científico de la profesión, van desplazando, sin posibilidad de retorno, al médico de familia, confidente, consejero, y pieza fundamental del núcleo familiar.

Muiños fue un ejemplar de esa especie ya casi extinta, y de indudable eficacia, del médico familiar.

No alcanzó, por razones de circunstancias, la cátedra universitaria, para la que le sobraban jerarquía y méritos y para la que estaba excepcionalmente dotado; pero enseñó siempre medicina, como colaborador fiel de la Facultad de Medicina, y desde sus servicios de los hospitales Español y Militar. Fue también un eximio

profesor de física en la enseñanza secundaria y sus alumnos lo recuerdan siempre con cariño y respeto.

Pero su dedicación íntegra a la profesión médica no le impidió adquirir una sólida cultura general en la frecuentación regular de las obras maestras de la literatura, tanto clásica como moderna, en su afición al buen teatro y a la buena música, en su aprecio y su buen gusto por las bellas artes plásticas. Y su sólida cultura se expresa diáfana en sus escritos, de estilo sobrio y elegante, de cuidado lenguaje, de enjundioso contenido, de erudición amplia que acude cabalmente en el instante preciso. Fue un escritor de raro mérito. Entre sus papeles se encuentran miles de cuartillas en que anota sus lecturas sobre los temas más variados de literatura, filosofía o arte; transcribe frases textuales del libro que lee y lo comenta con seguridad y buen tino; se hubiera podido llenar con creces la sección bibliográfica de cualquier revista exigente con esos comentarios de lecturas que Muiños redactaba y luego guardaba para usarlos algún día, o quizá nunca. Su libro, *Medicina, una noble profesión* traduce esa cultura humanística, tan selecta y digerida; libro que tuvo un gran éxito editorial y una gran repercusión en el ambiente médico.

Hizo también incursión esporádica en la literatura ya que es autor de una novela *Las imágenes* (1969), que permanece inédita.

* * *

Era de talla algo por debajo de la media, pero erguido, delgado, y con natural elegancia; de movimientos y desplazamientos rápidos, pero llenos de gracia; de cabeza levantada y cabello negro, que el tiempo plateó; con amplia frente y profundas entradas; de facciones regulares, poseía nariz algo aquilina y en su cara se destacaba netamente la mirada profunda y serena de sus ojos oscuros, que se fijaban siempre con atención a su interlocutor. Poseía voz clara y pronunciación precisa a la que sabía dar entonaciones convincentes; por eso, cuando adquiría toda su simpatía era en la conversación. Era un expositor que cautivaba por el interés de su palabra; por la elegancia tanto intelectual como formal de sus frases, por la atención con que sabía escuchar y la inteligencia con que sabía responder. En cualquier reunión centraba rápidamente el interés y sabía elevar el tema de la conversación que adornaba con citas siempre oportunas de

sus copiosas lecturas. Era dueño de un humor de buena ley, en el que no estaba ausente la ironía con que matizaba muy oportunamente su conversación, y que acompañaba de una sonrisa fina y sugestiva. Quizá sea oportuno incluir aquí un involuntario, pero muy veraz autorretrato, que introdujo en su libro al describir cómo debe ser el carácter del médico, ya que nunca fue más cierto que *retratar es retratarse.* Dice: *El médico debe ser alegre, porque su alegría es un tónico para el enfermo, que ni la tiene ni la ve a su alrededor, y que, dispensada por el doctor, que es el que sabe el estado de la dolencia, adquiere toda una significación pronóstica que las antenas del paciente sintonizan rápidamente. El médico debe ser alegre, pero no dicharachero; con sentido del humor, pero no vulgar; sencillo, pero no descuidado; enérgico, pero no tirano; servicial, pero no sirviente; accesible, pero no débil; cosas todas que, podrá decirse, le cuadran a cualquiera, pero que en la índole peculiarísima de las actividades médicas adquieren calidad favorable o perjudicial como en ninguna otra ocupación. Ni el ingeniero ni el abogado tienen por qué, profesionalmente, ser obligatoriamente alegres u optimistas o tolerantes. En el médico, son cualidades que integran terminantemente la posibilidad del mejor desempeño.*

Intelectualmente era un ser de naturaleza superior, en que a una viva inteligencia natural se unían las preciosas cualidades de la gracia, el equilibrio, la ponderación de juicio, y una fineza de observación y de análisis excepcionales.

No puede extrañar que con esas aptitudes y siendo, como lo era, un infatigable estudioso, que consideraba inmoral para un médico no estar informado de los adelantos importantes de la profesión, haya alcanzado las cumbres del ejercicio profesional.

* * *

Estaba marcado por la naturaleza para ser médico y un gran médico; en una composición escolar titulada *Mi ocupación favorita* que encontramos en un cuaderno de 5º año fechada el 9 de setiembre de 1901 escribe este niño de sólo 13 años: *Así como muchos dedican su ambición a ser ricos, yo, siempre he manifestado predilección por una carrera. Siempre, desde que empecé a darme cuenta cabal de las cosas, demostré esa inclinación. Es mi único ensueño, mi único deseo y siempre estudio y me afano, considerando que sólo así podré seguir adelante y después en el transcurso de los años, podré conseguir el*

anhelado título, ese diploma que podré entonces ostentar con justo orgullo y que si pudiera, si me fuera posible, querría poseer ya. ¡Cuántas veces, inclinado en mi mesa de trabajo, cumpliendo mis tareas he experimentado un vago sentimiento que se apoderaba de mi ser y me impulsaba a dejar el estudio! Pero en esos momentos heme acordado, afortunadamente, de que así jamás podré realizar mi ideal y este recuerdo me ha movido a seguir siempre, con perseverancia en el trabajo. El día más feliz de mi vida, pues, será en el que pueda demostrar mi título y entonces, sí, se verán colmadas todas mis esperanzas".

En las frases ingenuas del niño se traduce ya, con toda precisión, esa ambición de una carrera, que todavía no dice sea la medicina, que quizá sea todavía un deseo impreciso e informe en la voluntad infantil, pero seguramente perfilado ya y atrayendo al niño con la fuerza de un sino. Y seguramente esta experiencia infantil está también presente en su recuerdo cuando escribe en *Medicina, una noble profesión: Los grandes clínicos*, y es una afirmación que muchos suscribiremos, *han salido de los muchachos que dejando de lado cualquier otra sugestión, dicen que serán médicos desde la niñez.* Y en otra parte del mismo libro: *Seguimos viendo la profesión como algo inmenso en su entrañable vastedad, que no nos fue accesible, pero que justifica rotundamente esa vocación que hemos sentido bullir desde la infancia los que hemos sido médicos porque no habríamos podido ser otra cosa.*

DATOS BIOGRÁFICOS

Nació en Montevideo el 1º de junio de 1888 siendo hijo de Ramón Nieves Muiños y de Isabel Bidondogaray. Completa la familia una hermana dos años mayor Norma Zulema y dos hermanos menores que mueren en la primera infancia. La hermana casó con Federico Ferrreiro.

Es sobrio y recatado en sus sentimientos familiares; en sus escritos solamente he encontrado una referencia al padre, en la conferencia en homenaje a Scoseria donde relata que el padre era director de faros. Mucho más cálida y devota es la referencia que hace de su madre, con quien, al decir de familiares, tenía gran parecido físico y por la que sentía íntimo cariño. En el homenaje a Soca, realizado en el Salón de Actos del Ministerio de Salud Pública el 30 de abril de 1953, comenzó su discurso diciendo: *Tengo en mi*

insignificancia dos grandes orgullos, los únicos que me es dable tener. Uno es de mi ascendencia vascuence, por mi madre: cuando siento un apellido vasco – Zumalacárregui, por ejemplo – que evoca el paso de un carro por un sendero pedregoso, mi madre da un brinco en el corazón, donde la llevo.

El padre, a juzgar por algunas cartas que se conservan, debió ser de cierta cultura y de natural despeje. Un tío, José Muiños, se destacó como periodista interesado en los problemas del campo.

Según tradición familiar aprendió a leer solo y cuando concurre a la escuela primaria ya sabía leer. Debe haberse atrasado por enfermedad, ya que según sus cuadernos escolares cursa 4º año en 1899, año en que cumple los 11 años y 5º año en 1901 cuando va a cumplir 13 años. Está por lo tanto atrasado en relación con su edad. Sus cuadernos nos muestran un alumno laborioso; sus deberes casi sin correcciones y con buenas calificaciones. Concurre a la escuela de 2º grado No. 7 que dirigía Juanita Ferreiro a quien, según testimonios, siempre recordaba con afecto. Hay constancias de que al finalizar primaria se enferma y el padre lo lleva a una estancia de Tacuarembó a reponerse.

Da examen de ingreso en 1904 y rinde exámenes libres para recuperar tiempo. Le tocó cursar el viejo bachillerato en que enseñaban una constelación de maestros que hoy parece casi increíble pudieran estar reunidos en ese nivel de estudios. Los evoca con emoción en 1961 cuando pronuncia una conferencia sobre Scoseria. *Veníamos de Secundaria donde habíamos encontrado profesores de la categoría de Arbelaiz, de Emilio Frugoni, de Vaz Ferreira, de Francisco Alberto Schinca, de Lapeyre, de Gaminara, de Claudio Williman, de Arboleya, de Correch, de Carlos maría Maggiolo.*

Pertenecía a un hogar modesto pero sin que en su casa anidara la miseria. Los tiempos eran duros y el ambiente familiar debió ser de atenta vigilancia a los gastos y de no permitirse ningún desembolso superfluo, y muchas cosas que hoy nos parecen casi imprescindibles, eran consideradas superfluas en aquellos tiempos. No hay duda que vivió su niñez y su juventud bajo el signo de la estrechez.

Muy joven y mientras sigue sus estudios, dicta clases en un liceo habilitado, el Liceo Linares ubicado en Uruguay frente a Curiales y cuyo propietario y director era un español, Don Luis Robles. Luego obtiene un cargo para la venta de boletos de carreras en el Hipódromo

de Maroñas los días de reunión, lo que representaba una buena ayuda económica.

En mayo de 1916 se inaugura el Liceo Rodó y el Dr. Miguel Lapeyre, nombrado director, cargo que desempeñó con ejemplar dedicación durante muchos años, lo designa para dictar cursos de Física y Geografía; en 1920 renuncia a los grupos de geografía manteniendo los de física hasta 1932 en que renuncia en la forma que veremos.

Los testimonios de sus alumnos, hombres de la generación del que escribe, son unánimes en recordarlo como un profesor de excepción, inspirado, brillante, con una grata familiaridad y camaradería con sus discípulos sin que afectasen, en lo más mínimo, la disciplina y el resto debidos; en sus clases estaba siempre presente un humor de calidad, un gracejo simpático y fino que las hacían agradables. Sus alumnos evocan las clases de Muiños con la emoción y la nostalgia de un recuerdo placentero y querido.

Durante un período (1928-1930) se desempeñó como miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria, dependiente entonces de la Universidad de la República.

El 19 de marzo de 1936 casó con Orfilia Peirano Falco; fue una compañera comprensiva que supo aceptar y adaptarse a la vida sacrificada y a la labor imprevisible de un médico de gran actividad, que obliga a muchos renunciamientos en la vida social. Le acompañaba en sus visitas y comprendió y respetó los inevitables aislamientos de quien dedicaba al estudio cada instante que le dejaba libre su labor profesional.

LA CARRERA DE MÉDICO

La nota de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatorios comunicando que *Don Héctor H. Muiños ha prestado examen, obteniendo aprobación, de todas las asignaturas exigidas para ingresar a la Facultad de* (falta la indicación de a qué Facultad) tiene fecha mayo de 1910 y el pase a la Facultad está fechado el 7 de junio de 1910. Con esa fecha inicia Muiños su carrera médica. Se destaca netamente como estudiante rindiendo sus exámenes con excelentes calificaciones, termina sus estudios y se recibe de médico al aprobar

su último examen, que fue el de Clínica de Niños, el día 16 de setiembre de 1916.[3] Tenía entonces 28 años de edad.

Las calificaciones obtenidas son siempre muy altas siendo la más baja (Bueno por unanimidad) la que obtiene en Cirugía. Teniendo las calificaciones más altas de su generación se hace acreedor a una de las becas que otorga la Facultad.

Por fin el 10 de octubre presenta una nota en la que expresa: *Habiendo terminado mi carrera de médico cirujano y teniendo el propósito de presentar tesis, vengo a solicitar a V. S. que de acuerdo con el reglamento respectivo, se sirva ordenar se me expida el certificado de terminación de carrera a que dicho reglamento alude.*

No hemos encontrado ninguna constancia de que haya efectivamente presentado su tesis doctoral y creemos firmemente que nunca lo hizo.

Como ya dijimos, las altas calificaciones obtenidas le hacían acreedor a una de las becas de estudio, por lo cual el 11 de mayo de 1917 se presenta ante el Decano solicitando *Que, en caso de serme adjudicada una de las becas correspondientes al año 1916, se me permita acogerme a la disposición que establece la posibilidad de postergar por un año el derecho al uso de la beca, siempre que se desempeñe un puesto técnico auxiliar de la enseñanza, a cuyo efecto acompaño la propuesta formulada a favor mío por el Dr. Soca, como Jefe Adjunto de Clínica Médica en la Sala Argerich.* El Consejo el 30 de mayo de 1917 resolvió concederle, en mérito a su alta escolaridad, una beca correspondiente al año 1916 y acceder a su solicitud para ser postergada su utilización hasta el año siguiente. No concursó para el internado de Salud Pública.

El 16 de setiembre de 1918, es decir exactamente, día por día, dos años después de graduarse y cuando ya se vislumbraba el fin de la 1ra. guerra mundial, parte para Europa en uso de su beca. Permanecerá casi dos años en el viejo continente, de donde regresa en abril de 1920. Precisamente su viaje coincide con la formidable pandemia de *grippe* que asoló al mundo en esa fecha. Al llegar a

[3] En el expediente escolar en que están consignados todos sus exámenes (Caja No. 59, Expediente 1775 de la Facultad de Medicina) hay un error evidente pues se asienta como fecha del examen el 13 de octubre de 1916. El pedido de examen y la fecha fijada por el Decano Dr. A. Ricaldoni son para el 16 de setiembre. Además la solicitud de título y el recibo de haber abonado los derecho de título son del 8 y del 5 de octubre respectivamente, antes de que hubiera terminado su carrera, lo que es imposible.

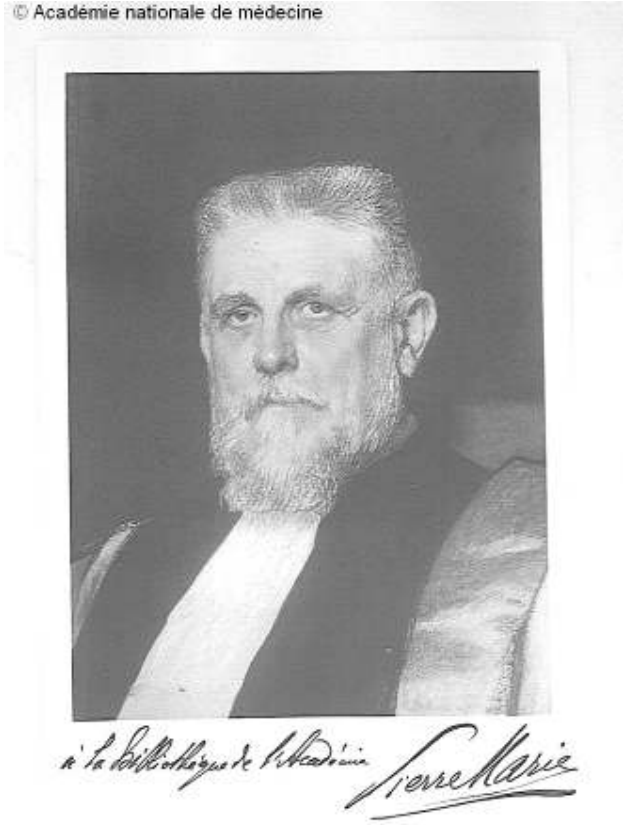
Barcelona debe atender a varios uruguayos afectados del mal, algunos funcionarios del Banco de Seguros. El Directorio del Banco, presidido por el Dr. Juan J. Amézaga le agradece por nota la asistencia prestada. (29-XI-1918).

En Europa concurrió a las clínicas francesas que en esa época eran más acreditadas. En especial a la de Ferdinand Widal (1862-1929) que se esforzaba por darle nueva jerarquía a la tradicional clínica francesa introduciendo nuevos conceptos y utilizando nuevos métodos exploratorios y de laboratorio. Asistió también a la cínica de Nicolás Gilbert (1858-1927), de Pierre Marie (1859 [1853]-1940), de Louis Vaquez (1860-1936) y de pediatría de Victor Hutinel (1849-1933). Tuvo inicialmente intenciones de dedicarse a la pediatría pero luego se decidió por la clínica Médica.

Professeur WIDAL
Prof. de Pathologie interne à la Faculté de Médecine de Paris,
Membre de l'Académie de Médecine,
Médecin de l'Hôpital Cochin.

Professeur GILBERT
Prof. de Thérapeutique
Faculté de Médecine de Paris

© Académie nationale de médecine



à la bibliothèque de l'Académie Pierre Marie

Professeur VAQUEZ
Professeur agrégé à la Faculté de Médecine de Paris,
Médecin de l'Hôpital Saint-Antoine,
Directeur des « Archives des Maladies du cœur, des vaisseaux et du sang ».

París, el París todavía sangrante de la matanza, con sus monumentos, sus lugares históricos, sus callejas y sus viejos muros testigos de tanta aventura del hombre, deben haber impresionado vivamente la personalidad de Muiños, tan receptiva y sensible para las cosas del espíritu. Estaban allí condensados siglos de cultura y, precisamente, de la cultura que más ha llegado a nosotros; de la cultura francesa que tanto brilló en el siglo XIX y tanto influyó en la formación intelectual de nuestros jóvenes de aquella época.

Muiños trabajó intensamente en las clínicas; estudió con tesón y aprovechamiento, pero supo también disfrutar aquella experiencia, que sería única en toda su vida, para visitar museos, para asistir al teatro (por el que tenía una afición que duró toda su vida); para concurrir a conciertos; en fin para, ávidamente, absorber todo lo que podía de aquel París denso en cultura.

Quizá la experiencia médica más importante que recoge en París es que todos aquellos grandes de la medicina, con excepción quizá de Joseph Fr. Babinski (1857-1932), palidecen como médicos, como docentes y como maestros, cuando los compara con aquel gigante con

quien compartió tantas horas de lúcida enseñanza y aprendizaje en las viejas salas del Hospital Maciel: Francisco Soca.

Profesor Dr. Francisco Soca

SU CARRERA DOCENTE

A poco de recibido, Soca lo nombra Jefe de Clínica Adjunto, iniciando así una carrera docente en clínica Médica que todo hacía presagiar sería brillante y le permitiría alcanzar los mayores honores. Muiños tenía una neta vocación docente; cumplía con placer su tarea de enseñanza, gustaba del contacto con los jóvenes, poseía naturales dotes de exposición, era estudioso, procuraba mantener sus conocimientos al día, tenía talento natural, era buen observador, poseía recio sentido común, en fin todas las características que integran la personalidad de un buen profesor. Todo anunciaba, pues, a un futuro profesor de clínica médica. Sin embargo, no alcanzó nunca a ocupar ese cargo, aunque desarrolló, durante toda su vida, una actividad pedagógica regular, colaboró asiduamente con la Facultad y alcanzó el máximo galardón cuando fue designado en 1959 Profesor ad Honorem, título que merecía como pocos.

El comienzo fue, pues, la designación de Jefe Adjunto de Clínica Médica; luego, del 1º de marzo de 1920 hasta el 28 de febrero de 1923 Jefe de Clínica Médica titular. El 29 de marzo de 1922 fallece Soca. En agosto de 1922 es nombrado Asistente de la Clínica Médica

del Prof. Dighiero. El Dr. Juan C. Dighiero, discípulo predilecto de Soca, le sucedió en su clínica pero por poco tiempo, ya que falleció el 13 de julio de 1923. Las rápidas muertes sucesivas de Soca y Dighiero tuvieron, sin duda, muy profunda influencia sobre el porvenir del joven médico que iniciaba, en forma tan promisoria, su carrera profesional y académica. En lo profesional lo hicieron, inevitablemente, heredero de las importantes clientelas de ambos profesores. Debió así multiplicar su actividad profesional y se incrementaron seguramente de modo importante sus responsabilidades como médico. Desde el punto de vista académico, debe haber sido un duro golpe. La clínica a la que pertenecía se desintegró; su personal se dispersó por diferentes servicios y Muiños debió haber sentido orfandad y desorientación al tener que integrarse a otro servicio ya constituido con sus cuadros armados y con modalidades diferentes. En las estructuras tradicionales y rígidas de la Facultad, no tener respaldo académico de clínica alguna debió haber conspirado seriamente contra las perspectivas de Muiños de hacer una carrera profesoral.

En marzo de 125 es nombrado, por un año, asistente honorario de la Clínica Terapéutica que dirigía el Dr. César Bordoni Posse; nombramiento que se reitera anualmente hasta 1937.

En 1915, bajo el Decanato del Dr. Américo Ricaldoni, se crearon los cargos de "Profesor agregado" a imitación de lo que existía en la Facultad de Medicina de París. Eran cargos docentes para que médicos jóvenes con orientación académica, asumieran responsabilidades asistenciales y docentes y pudieran irse formando a fin de seleccionar entre ellos los futuros profesores. También, a la manera francesa, se resolvió llenar esos cargos por concurso de oposición. No he podido averiguar por qué causas el Dr. Muiños no concursó para esos cargos, en que seguramente le habría acompañado el mayor éxito. Pienso que hayan contribuido factores diversos; los apremios de una clientela creciente e importante, la desaparición de sus profesores que lo hubieran estimulado y quién sabe qué otros. El hecho es que ni Héctor H. Muiños, ni Hernán Artucio, ambos discípulos de Soca, contemporáneos e indiscutiblemente brillantes, concursaron, perdiendo por ello la oportunidad de una carrera universitaria segura, y la Facultad dos profesores de indiscutible jerarquía. Al no er profesor agregado, las posibilidades de acceso a la cátedra titular fueron mucho más remotas.

El Consejo de la Facultad tratando en varias oportunidades de dejar sentado su reconocimiento por la valiosa colaboración que prestaba Muiños, lo designó Profesor Agregado con carácter honorario.

Muiños fue un asiduo concurrente a las clínicas de la Facultad y colaboró con el brillo que él sabía darle, en la enseñanza. Dictó varias veces el curso de Patología Médica. Regularmente integró los tribunales de examen de Patología y Clínica médica y prestó en todo momento su invalorable colaboración desinteresada a la docencia. Durante años fue médico consultante de la Clínica Quirúrgica del Dr. Alfonso Lamas, a quien lo unía una gran amistad.

Todavía en 1968 la Facultad lo designó miembro de la Comisión de Disciplina en donde le tocó desempeñar una labor intensa y desagradable, al tener que juzgar y sancionar a estudiantes que habían cometido faltas. Trabajando a su lado, casi diariamente en esta oportunidad, pudimos comprobar su capacidad de humana comprensión y tolerancia para actitudes y gestos que, dada su edad y su formación cultural y ética, debieron serle particularmente repulsivos.

Carece de producción científica. No le atrajo nunca ni la publicación de casuística clínica, ni la revisión de temas a la luz de su propia experiencia, ni la investigación médica. Sólo conocemos, como fruto precoz de médico joven, dos comunicaciones de casuística a la Sociedad de Medicina, sin mayor interés. Ni mejor ni peor que lo que suelen publicar al iniciar su carrera los médicos jóvenes que se destacan en su profesión. [4]

En la sesión del 10 de mayo de 1950 el Consejo de la Facultad de Medicina llamó a aspirantes, de acuerdo a las disposiciones vigentes, para la provisión de la recién creada cátedra de "Cultura Médica". Esto era un engendro lamentable, resultado de la fusión de tres cátedras que nunca habían sido provistas; la cátedra de Historia de la Medicina; la cátedra de Deontología Médica y la cátedra de Psicología Médica.

Se presentaron varios aspirantes, entre ellos el Dr. Héctor H. Muiños, quien hizo una extensa exposición sobre *Método de*

[4] Muiños H. H. Neuritis bilaterales del cubital y pneumonías dobles. *Rev. Méd. Del Uruguay* 27; 358-361; 1924. Muiños H. H. Neuritis disociada post-sérica del plexo braquial. *Rev. Médica del Uruguay.* 27; 362-365; 1924.

enseñanza y programa de la cátedra. **Como era habitual en él, hace una sólida fundamentación empezando por hacer notar la casi imposibilidad de que haya quien abarque tan vasto panorama.** ***Porque es difícil que el profesor domine con hondura de maestro disciplinas tan divergentes y es mucho más difícil que tenga tiempo de desarrollar paralelamente cursos tan extensos.*** **Cree que la materia nuclear es la Historia de la Medicina, por la que Muiños ha tenido una gran preocupación desde largo tiempo. Entre sus papeles encontramos cuadernos en que están cuidadosa y extensamente extractadas numerosas tesis de médicos uruguayos que hicieron su carrera y que obtuvieron su doctorado en París y otros recibidos en nuestra Facultad; en su libro** ***Medicina, una noble profesión,*** **demuestra un sólido conocimiento de la historia de la medicina destacando especialmente su familiaridad con la obra de Hipócrates.**

Hace luego una crítica somera, pero acertada, de la manera habitual de enfocar la historia de la medicina, a través de las grandes figuras de los médicos y sus obras, para inclinarse por una forma de mayor interés para el estudiante siguiendo la evolución del conocimiento de las diversas enfermedades; para usar sus propias palabras ***hacer la historia de las enfermedades y no la historia de los médicos.*** **Naturalmente que comprende la necesidad de un conocimiento del desarrollo general de la medicina, a la manera clásica, hasta el Renacimiento; pero después estima más útil desarrollar la evolución de los conocimientos a propósito de una enfermedad.** ***Creo, por tomar un ejemplo concreto, que al evocar la figura de Bright, si se sigue el método cronológico de las historias de la medicina, se podrá dar todos los datos que se quiera sobre su real originalidad en la investigación de las afecciones del riñón, pero como el profesor deberá colocarlo junto a los grandes clínicos irlandeses contemporáneos, - y allí surgirán Graves y Cheyne y Stokes y Adams y Corrigan, - y a la escuela inglesa del instante, - con Addison y Hodgkin y Parkinson, la evocación será espléndida, pero en diez rumbos distintos. Creemos que sería más completa y más Aleccionante y más fijadora si el profesor hiciera la historia de las ideas sobre las nefritis. El centro de atención sería Bright, con sus originales trabajos clínicos, químicos y anátomo patológicos, y a su alrededor estarían, allá lejos, Saliceto y sus vislumbres sobre la hidropesía y la dureza de los riñones, y Cotugno al encontrar por primera vez la albúmina urinaria y Bellini describiendo los túbulos renales y Morgagni con sus descripciones anatomopatológicas.***

En cuanto a la enseñanza de la Deontología ***Cuatro trazos pueden condensar todo lo sensato que debe enseñarse. Clases de un tipo especial, un poco confidenciales y otro poco paternales. Hay algo, en cuanto a la deontología, que no puede comunicarse con lecciones, que es el fondo moral de cada uno, el más seguro piloto en los azares de la vida profesional.*** **Por último hace una breve exposición sobre el programa de psicología médica:** ***Programa difícil por el océano de conocimientos actuales y por los exclusivismos que las distintas concepciones entrañan.***

El Consejo discutió, en varias sesiones, los méritos de los aspirantes (otros 3 médicos se habían presentado) pero lo hizo en comisión general no quedando, en consecuencia, versión de lo expuesto. Finalmente, en el acta de la sesión del 3 de agosto de 1950 se halla la siguiente constancia: ***Sr. Decano: (Prof. Cassinoni). Se ha discutido en distintas sesiones la provisión de la Cátedra de Cultura Médica. De acuerdo con la discusión realizada en Comisión General, ha existido acuerdo en el sentido de que ninguno de los aspirantes está capacitado para dictar toda la materia, aun cuando todos ellos cuentan con méritos notorios en determinados sectores de la misma. Puestos a votación los nombres de los aspirantes inscriptos, ninguno de ellos obtiene los ocho votos requeridos para un nombramiento directo… Corresponde el llamado a concurso. Consideraremos este problema en una próxima sesión.- Se*** **resuelve:** ***Atento a que si bien los aspirantes presentan méritos notorios, ninguno de ellos – como lo hacen constar en sus propias relaciones de méritos – se siente capacitado para abarcar por su solo esfuerzo todas las disciplinas comprendidas en la definición de la Cátedra; y sin que esta resolución signifique el negar valores a los médicos inscriptos, calificados en aspectos parciales de la materia, - el Consejo Directivo resuelve que entre los candidatos presentados, ninguno tiene superiores y suficientes títulos, méritos y antecedentes para el desempeño de la Cátedra.***

En 1952 el Consejo resuelve invitar a algunos médicos para que se encarguen interinamente de dictar la Cátedra de Cultura Médica e incluye entre los invitados al Dr. Muiños quien se excusa diciendo que ***esa invitación no alcanza a devolverle la confianza indispensable para dictar la Cátedra atento a la resolución del Consejo del 3 de agosto de 1950.***

Todavía en 1967 el Consejo designa una Comisión constituida por Muiños, Praderi y Cruz Goyenola para que elaboren un programa y

exposición de motivos sobre la enseñanza de la *Ética médica* a los estudiantes de medicina. El 22 de junio el informe es presentado y ha sido enteramente redactado por el Dr. Muiños como lo prueba en forma inconfundible su estilo. Termina aquí una etapa en que Muiños intentó infructuosamente alcanzar una cátedra, no precisamente la de Clínica Médica, que en su momento habría desempeñado con singular maestría, sino otra, de menor importancia en la carrera médica, pero que lo hubiera puesto en contacto con la juventud y le hubiera dado una oportunidad más de hacer gala de sus profundos conocimientos en historia de la medicina.

El 9 de setiembre de 1959 los entonces Consejeros de la Facultad, delegados de los profesores Dres. José J. Estable y Euclides Peluffo solicitaron se le confiriera al Dr. H. H. Muiños el título de Profesor ad Honorem de la Facultad de Medicina fundamentándolo en que *Los títulos, méritos y trabajos del Dr. Muiños justifican ampliamente dicha proposición. Beca de estudios correspondiente al año 1916 y desde esa época hasta el año 1937 estuvo vinculado estrechamente a nuestra casa de estudios.*

Miembro del Consejo Nacional de Higiene durante 8 años, habiéndole correspondido su presidencia durante un año.

La Facultad lo ha designado en múltiples ocasiones Miembro de Comisiones Asesoras, tribunales de Concursos, etc., y siempre ha contado con su valiosa y desinteresada colaboración.

La publicación de su libro* Medicina, noble profesión *(Sic) ha puesto de manifiesto el vivo interés que aún mantiene por la medicina".

En sesión del 16 de setiembre el Consejo resolvió otorgar el título de Profesor Ad Honorem al Dr. Héctor H. Muiños. Para los que gustan de las coincidencias, 43 años exactos, día por día, de que se recibiera de médico y 41 de su partida para Europa en uso de su beca, Muiños ha alcanzado el más alto galardón que nuestra Facultad concede a quienes se han destacado por sus méritos excepcionales en la carrera médica.

Aunque fue médico excelente, de grandes conocimientos permanentemente actualizados, de gran sentido clínico, con esa intuición irreemplazable que distingue al clínico sagaz y dueño de un fino sentido común que está presente tanto en el acto diagnóstico como, con todavía más eficacia en la sobria terapéutica, no tuvo

preocupaciones de publicar obra médica propiamente dicha. En cambio le preocuparon siempre los aspectos sociales y morales del ejercicio profesional médico, a los que dedicó obra importante que permanecerá en la literatura uruguaya.

LA MEDICINA Y LA POLÍTICA

Nunca le atrajo la actividad política aunque, como a tantos de los médicos distinguidos contemporáneos suyos, le hubiera sido seguramente fácil, sin demasiado esfuerzo, con sólo proponérselo, alcanzar un escaño parlamentario. Y este rechazo a la política lo expresa en su libro sobre *Soca* cuando, analizando la correspondencia de Soca con Batlle dice: *Cartas no datadas, difíciles de ordenar, dan tal vez razón a los que pensamos que la política no armoniza, en manera alguna, con la grandeza de un hombre que tiene un campo infinitamente más fértil en donde desplegar las alas en vuelo soberano. La política lo disminuye. No consigue desviarlo de su carrera porque él nació médico y profesor, y murió siendo profesor y médico.* En carta que dirige a un gran político y periodista desaparecido decía: *No he intervenido jamás en política con la convicción de que mi carrera, a la que he dado toda mi energía, no era conciliable con la actividad pública…*

Por último, cuando analiza la actuación política de Soca dice: *Tendríamos también la tentación de formular críticas a la intervención de los médicos en la política – en especial de un internista, el más esclavo de los médicos, sobre todo cincuenta años atrás – pero razones de espacio nos aconsejan suprimirlas.*

Tuvo opinión política firme, dentro del cuadro de nuestros partidos tradicionales, y siempre le expresó con claridad; era nacionalista y dentro del partido blanco se alineaba entre los amigos del Dr. Alfonso Lamas, por quien sentía un gran aprecio.

ACTUACIÓN ASISTENCIAL HOSPITALARIA

El 31 de julio de 1930 el Poder Ejecutivo (Presidente Juan Campisteguy, de quien era médico personal) lo designó Médico de Sanidad Militar (Asimilado a Teniente 1º) y Jefe de Sala del Hospital Militar. En 1946 es designado Jefe de los Servicios de Medicina de Tropa, cargo que desempeñó hasta su retiro militar en 1952. Aparte

de su labor asistencial inherente a su cargo en el Hospital Militar [5], Muiños colaboró muy activamente participando en cursos y dictando conferencias en cuanta oportunidad se presentaba, a las que asistían los integrantes del personal médico del hospital. Era allí reconocido como un profesor de excepción, sólido y de clara exposición didáctica. La sala en que trabajó lleva hoy su nombre.

En marzo de 1922 es designado médico Jefe de la Policlínica Médica del Hospital Sanatorio Español, pasando luego a ser Médico Jefe de Sala, cargo que desempeñó con su habitual responsabilidad y brillo durante más de cuarenta años. Toda un ala de las nuevas construcciones del Hospital se honran con el nombre de *Sector Héctor Homero Muiños.*

En cambio no hizo carrera en Salud Pública, lo que, sin duda, le hubiera sido fácil, ni trabajó nunca como médico de mutualista, lo que hacía constar con frecuencia, no sin un matiz de orgullo. El trabajo en mutualista, en especial del modo que se realizaba en las épocas en que Muiños era médico joven, estaba tan lejano del modelo ideal de médico que él se había forjado, que le hubiera sido totalmente imposible adaptarse a una forma de la asistencia médica que reprobaba.

MIEMBRO DEL CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

La salud pública del país estuvo dirigida, hasta 1931, por dos instituciones; una, la Asistencia Pública Nacional, continuadora de la Comisión de Caridad, tenía a su cargo toda la labor asistencial, por lo tanto, la administración de todos los hospitales, policlínicas y centros de asistencia del país. La otra, el Consejo Nacional de Higiene, (que sucedió a la Junta de Higiene Pública) fundado por ley de 1895, era responsable de toda la tarea profiláctica y de policía sanitaria, tanto terrestre como marítima; también le competía el registro de médicos, farmacéuticos, odontólogos, parteras y en general todo el personal encargado de la salud, así como la vigilancia de su ejercicio. Como lo expresaba el artículo 1º de su ley de 1895: *tendrá a su cargo la administración sanitaria marítima y terrestre de la República, y será la autoridad superior de higiene pública en las condiciones que determina la ley.*

[5] SOIZA LARROSA, Augusto: La Sanidad Militar y el Hospital Militar Central 1918-1935 (1ra. parte). *Revista de la D.N.S.FF.AA.* – Vol.21 Nº 1 – Julio 1999. En: http://www.revistasaludmilitar.com.uy/Volumenes/Vol%2021/Articulos%20PDF/11%20LA%20%20SANIDAD%20%20MILITAR%20%20Y%20%20EL%20%20HOSPITAL...1918-%201935.pdf

Estaba constituido por 7 miembros titulares que eran designados por el Poder Ejecutivo y de carácter rentado. Duraban 4 años en sus funciones. Se renovaba parcialmente por bienios. Por el Art. 14: *El Presidente del Consejo Nacional de Higiene es el Jefe superior de toda la administración sanitaria de la República.*

Era por lo tanto un cargo de importancia y con una buena remuneración. Durante muchos años el Consejo Nacional de Higiene fue presidido por el Dr. Alfredo Vidal y Fuentes que le dedicó todas sus energías y que logró realizar en él una obra de significación. Baste recordar la extensión que tenían en esa época las enfermedades infecto-contagiosas, la importancia de su prevención, en especial mediante vacunaciones, cuarentenas y otras medidas sanitarias para comprender la trascendencia de esa institución.

Por decreto del Consejo Nacional de Administración del 15 de diciembre de 1925 fue designado miembro del Consejo Nacional de Higiene el Dr. Héctor H. Muiños, conjuntamente con los Dres. José Scoseria, José F. Arias y Enrique M. Claveaux. Tomó posesión del cargo el 21 de diciembre y en esa misma sesión fue electo secretario. En 1927 fue designado vicepresidente y al año siguiente, al ausentarse para Europa el Presidente Dr. Scoseria, quien había sucedido a Vidal y Fuentes fallecido en 1926, se hizo cargo de la presidencia del Consejo que desempeñó durante más de un año. Concurre asiduamente a las sesiones que se realizan 3 veces por semana, las preside con frecuencia por ausencia del titular e interviene en numerosos asuntos, presentando informes variados sobre cuestiones de rutina y algunos de verdadera trascendencia como el de vacunación antivariólica (1922) y enfermedades trasmisibles en las escuelas (1929), etc.

En diciembre de 1927 el Dr. Muiños presenta la siguiente moción:

Considero llegado el momento de que el Consejo Nacional de Higiene tome la intervención que le corresponde en la dirección de la lucha contra la tuberculosis. Es una vieja aspiración del suscrito, compartida en realidad por todos, - y el Consejo la trató largamente, sin concretar conclusiones, - suscitar el movimiento, emanado de nuestra corporación, que encauce y oriente los esfuerzos indispensables para luchar contra la terrible enfermedad que ennegrece nuestras estadísticas. La eterna razón de la falta de recursos en que invariablemente se ha dejado debatir al Consejo,

explica los aplazamientos que tal deseo ha sufrido, pero considero que es ya impostergable, - porque es un deber, - que pongamos manos a la obra más grande que puede reclamar nuestra atención. El Consejo Nacional de Higiene debe asumir la dirección de la campaña antituberculosa, que se ha hecho hasta la fecha en forma fragmentaria y dispersa, en el despliegue de meritorios esfuerzos faltos de cohesión y de medios adecuados; existe la imperiosa obligación de disciplinar energías, subordinándolas a la claridad de un plan que debemos, cuanto antes, trazar, y ante cuya necesidad no pueda negársenos el apoyo que nos creemos con plenos títulos para invocar.

Nuestro estado sanitario es excelente, en general. La obra paciente, sin estruendo pero con eficacia, de las autoridades sanitarias, defiende perfectamente al país de la importación de las enfermedades infecciosas extrañas a nuestro medio mientras se lucha cada vez mejor, con los modernos medios de combate, contra el desarrollo de las comunes infecciones epidémicas. Sólo la tuberculosis falla en el cuadro favorable, por la ausencia de una acción completa y coordinada, ajustada a la extraordinaria magnitud del problema a resolver. En tal virtud, propongo que el Consejo se entregue al estudio de un plan de lucha contra la tuberculosis, asumiendo de una vez el rol directivo que le corresponde por derecho y por deber. Podría, al efecto, reclamar el concurso de algunos miembros honorarios tan indicados como el Director de la Asistencia Pública Nacional, el Director de Salubridad y el Director del Instituto de Higiene, y aún de miembros desvinculados de nuestra institución, como el Director del Hospital Fermín Ferreira, el Presidente de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis o alguno de los especialistas en tisiología, que pudieran darnos la contribución de su versación especial.

Rápidamente se podría ajustar todo un vasto programa: todas estas cuestiones, tan del instante, están profundamente estudiadas. Falta el impulso director, la orientación uniforme, la trabazón perfecta de los diversos medios de que se dispone o a que debe recurrirse. El Consejo Nacional de Higiene acometerá así la realización de una de las obras más trascendentes e impostergables. **(Boletín del Consejo de Higiene, 121; 710-711; 1927).**

La tuberculosis, azote social, había adquirido en esa época una extensión y gravedad temibles con el agravante de que atacaba preferentemente a los jóvenes. El asunto adquiría por eso mismo una importancia trascendental y se advierte la lucidez de Muiños al buscar

soluciones. El proyecto es aprobado y surge de ahí la *Comisión de Lucha Antituberculosa* que cumplió importante gestión en nuestro medio.[6]

Por decreto del Consejo Nacional de Administración del 12 de diciembre de 1929 se integra el Consejo Nacional de Higiene con cuatro miembros; tres de ellos reelectos y el cuarto un nuevo miembro que sustituye al Dr. Muiños, a quien se le agradecen los importantes servicios prestados.

---

[6] **1943 - La Cruzada Antituberculosa Nacional**

Al finalizar el año 1943, se inició en todo el país, un movimiento colectivo que se llamó Cruzada Antituberculosa Nacional. Fue propiciado por el Ministro de Salud Pública, Dr. Luis Mattiauda y consistió en una gran colecta nacional, la que recaudó una cifra que para ese momento era muy importante: $1.300.000.

Motivó ese movimiento la gravedad de la incidencia de la tuberculosis (TBC) en la población del país. Ello provocaba la constante solicitud de camas para internar enfermos tuberculosos existiendo gran escasez de las mismas. En el aspecto económico nacional incidía la suma importante de brazos improductivos a causa de la enfermedad.

Primer Comité Ejecutivo de la Cruzada

El primer Comité Ejecutivo, cuyos integrantes fueron designados por el Poder Ejecutivo estuvo integrado por: Presidente Nato: el Sr. Ministro de Salud Pública: Dr. Luis Mattiauda, Presidente: Dr. José Martirené, Vice-presidente 1ro. Dra. Sofía Alvarez de Demichelli, Vice-presidente 2do. Sr. Américo Beisso, Secretario Dr. Juan A. Capra, Tesorero Sr. Daniel Sagrera, Pro-tesorero: Sr. Manuel Güelfi; Secretarios Honorarios Sres. Felipe L. Monteverde y Héctor Queirolo. Posteriormente el Poder Ejecutivo integra dicho Comité también con los Dres. Fernando D. Gómez y Atilio Narancio. En setiembre de 1945 el Poder Ejecutivo autorizó a la Cruzada Antituberculosa Nacional, otorgar pensiones en efectivo a los familiares de los enfermos de TBC, que para atenderse correctamente debían internarse en los hospitales especializados. Al mes siguiente comenzaron a pagarse las pensiones.

1946 - Ley de Creación de la Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa

Con fecha 17 de enero de 1946 el Poder Ejecutivo promulgó la ley 10.709 por la cual oficializó el movimiento generado en la Cruzada Antituberculosa Nacional, determinó las atribuciones y prerrogativas, la dotó de recursos, reglamentó la forma de administración de los mismos y la llamó **"Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa" (CHLA)** Su primer presidente fue el Dr. Luis Mattiauda.

Ref.: http://www.chlaep.org.uy/institucional.php (Consultada el 30.03.2013). El Dr. Luis Mattiauda era Doctor en Ciencias Económicas y fue Decano de la Facultad respectiva. Cuando fue Ministro de Salud Pública, tuvo como Subsecretario al Dr. Ricardo B. Yannicelli, quien fue el auténtico impulsor de la ley de creación de esta Comisión Honoraria. Véase: TURNES, Antonio L.: Ricardo B. Yannicelli (1906-1998), en Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo III, Fernando Mañé Garzón y Antonio L. Turnes (Editores). Montevideo, 2006. En: http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/yannicelli_alt.pdf Es indudable el mérito de la iniciativa del Dr. Héctor Homero Muiños, pero su propuesta de 1927 recién se plasmó en una ley aprobada en 1946.

¿Qué influencias intervinieron para no reelegir al Dr. Muiños, que tan eficazmente había colaborado en el Consejo? Acaso uno de los tantos vericuetos a que nos tiene acostumbrado el vaivén de la política.

Muiños sigue todavía desempeñando el cargo de Jefe de Redacción del Boletín del Consejo Nacional de Higiene que, desde esa fecha, aparece reorganizado. En 1931 se produce, por ley de creación del Consejo de Salud Pública, la fusión del Consejo Nacional de Higiene, la Asistencia Pública Nacional, el Instituto Profiláctico de la Sífilis y otras instituciones de menor importancia, quedando así suprimido el Boletín. En cambio empezó a publicarse el Boletín del Consejo de Salud Pública, en el que Muiños no colaboró.

CONFERENCIANTE

Aparte de sus libros, en que puso lo más profundo y más elaborado de su producción, la obra más destacada de Muiños son sus conferencias. Encontramos en ellas un pensamiento más libre, un vuelo más espontáneo, al no sentirse atado, como le acontece en los libros, con la necesidad de documentar puntualmente sus afirmaciones. Si agregamos que leía con gran precisión, con entonación convincente y con natural sobriedad, comprendemos por qué fue Muiños un conferenciante de gran éxito y por qué, en tantas oportunidades, le pidieron hiciese uso de la palabra con motivo de eventos varios. La indiscreción del biógrafo encuentra un montón de cuartillas manuscritas en cuya carátula se lee *Apuntes escritos en diversos momentos pensando en el cincuentenario del Liceo Rodó, sin saber si se me iba a designar orador oficial.* Se le designó.

Entre sus papeles hallamos el manuscrito, de muy cuidada caligrafía, compuesto de 40 cuartillas y que lleva el título de *Pasteur* y la fecha octubre 14 de 1907. Ignoramos si se tarta de una conferencia y si fue pronunciada, o si es un escrito destinado a su publicación impresa; tampoco lo aclara el texto que nos dice *condensar en la brevedad obligada de unas páginas apenas esbozadas, etc.* Admira, dada la juventud del autor, el excelente criterio con que está expuesta la vida y obra de Pasteur, aunque, como no podía ser de otro modo, peca de un estilo frondoso y de cierta exageración de adjetivos que caracterizaban la época. Pero ya aquí se revela el escritor de garra que ha de madurar en el futuro.

Hurgando en sus papeles asistimos a la comprobación de cuán cuidadosamente preparaba sus conferencias; anotaciones innumerables, fichas de lecturas ordenadas y jerarquizadas por símbolos de un código personal, manuscritos que van depurándose, nos dan, como esas excavaciones arqueológicas, la evolución de un texto que culmina en un manuscrito de inobjetable prolijidad, en esa su letra regular y tan claramente legible que nos da envidia a quienes, con frecuencia, no podemos descifrar nuestros propios apuntes. Cabe mencionar que Muiños nunca tuvo secretaria y que todo está escrito de su mano. A veces el manuscrito se completa con subrayados de color, probablemente destinados a facilitar puntuaciones y entonaciones en el momento de la lectura.

Debemos incluir aquí una serie de semblanzas que, aunque no propiamente conferencias, tienen un carácter similar si bien no fueron dichas en público, y sí impresas. A veces, como el artículo sobre Elías Regules, no fue pronunciado como discurso fúnebre como debió serlo, por no haber podido materialmente el orador acercarse al féretro, en el acto del sepelio.

En el homenaje por el 40º aniversario del Sindicato Médico: de izq. a der.:

José Enrique Ormaechea (Secretario General Permanente del SMU), Héctor Homero Muiños, José Alberto Praderi, Julio Nin y Silva y Constancio E. Castells

En sus conferencias ha sido tema dominante la evocación de los grandes maestros, con quienes ha tenido la suerte de convivir, o de

algunos compañeros prematuramente desaparecidos. Al final de su vida aparece como tema las formas anormales del ejercicio profesional, el especialismo y, por último, su afición de siempre, algún tema histórico a propósito de algún aniversario, como la fundación y primeras épocas de la Facultad de Medicina con motivo del 85 aniversario de su fundación; el 40 aniversario del Sindicato Médico del Uruguay; o el 50 aniversario del Liceo Rodó. Desfilan así Juan Carlos Dighiero, Luis Morquio, Alfredo Vidal y Fuentes, José Scoseria, Francisco Suñer y Capdevila, Miguel Lapeyre, Justo Montes Pareja, Américo Fossati y desde luego, el más estudiado y en más oportunidades evocado con emoción: Francisco Soca.

Héctor Homero Muiños hablando en el

40º aniversario del Sindicato Médico del Uruguay (11.08.1960)

Son semblanzas naturalmente heterogéneas pero siempre aparece el evocado con una singular nitidez, ya que enfoca aspectos de su personalidad con indudable originaldiad y los describe con precisión.

Veamos algunos ejemplos: al describir los orígenes de la Facultad de Medicina dice: *No ha sido fácil la puesta en marcha.*

¿Recuerdan ustedes en esas fugaces imágenes de informativo cinematográfico el lanzamiento al mar de un barco en construcción? La caída al agua, liberado el casco de todas las trabas que lo sujetan al astillero donde nació, es dramática. A veces, raramente, se tumba. Pero lo común es que caiga pesadamente al mar, pesada y torpemente, sin gracia: flotante, desarbolado, con levedad de mastodonte, parece un barco barrido por el huracán. Es como veo a la Facultad naciente. Porque no le fueron propicios los comienzos. Debió luchar con inesperadas fuerzas hostiles.

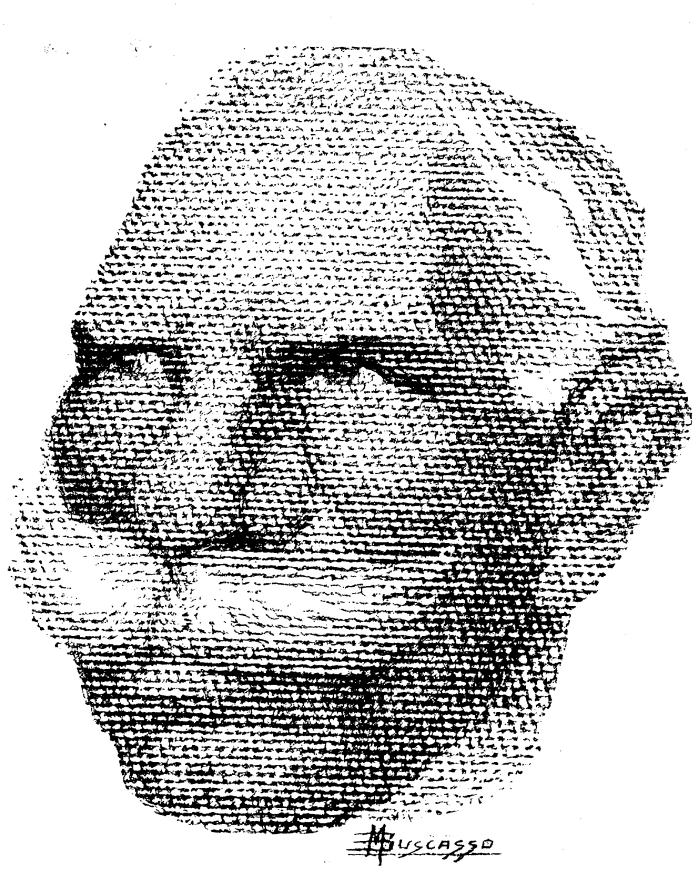
Don Alfredo I (el Bondadoso)

ALFREDO VIDAL Y FUENTES (1863-1926)

Evocando a Alfredo Vidal y Fuentes [7]: *Fue un romántico. Tuvo la suerte de pertenecer a una época de la que quedan todavía representantes, todos moldeados en una idéntica escuela de hidalguía y de suprema hombría de bien: generaciones líricas, crecidas en una atmósfera de nobleza y de idealismo exteriorizado generosamente en la cátedra, en la tribuna o en la prensa, cálidas juventudes que evocan inevitablemente el Enjolrás de Hugo, y que miramos con envidia los que aún jóvenes, contemplamos con inquietud o tal vez con asco esta época nuestra, mercantilizada, disolvente y desilusionada…*

Y cuando recuerda a Dighiero, sin duda el hombre por quien tuvo un más integral sentimiento de afecto y admiración: *Y es que en él, médico eximio, profesor excepcional, clínico extraordinario, el hombre traslucía siempre e imprimía su inconfundible modalidad. Era prodigioso el hombre. Bueno, sencillo, noble, modesto, honrado, optimista, generoso, alegre, seductor; uno se pregunta qué faltaba en aquel carácter de excepción, todo claridad, todo lucidez, todo discreción, todo armonía. Era uno de los más bellos caracteres que yo haya conocido. Jamás lo vi, en la aspereza del ejercicio de esta profesión de sacrificio y de amargura que es nuestra profesión, jamás lo vi descender de su honestidad, ni abdicar de su sencillez, ni vacilar en su hidalguía, ni abandonar su dulzura, ni renunciar a su optimismo, ni empañar su modestia; carácter siempre igual, con sus virtudes arraigadas, entrelazadas en una espléndida armonía que era el secreto de su potente magnetismo.*

[7] SOIZA LARROSA, Augusto: Alfredo Vidal y Fuentes (1863-1926). En Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo II, 1989. Horacio Gutiérrez Blanco (Editor); pp. 147-154.



LUIS MORQUIO BÉLINZON (1867-1935)

Refiriéndose a Morquio[8]: ***Morquio tiene un físico tosco, rudo. Cuando sale a caminar por 18 de Julio, como hace después de todos los almuerzos, parece un labriego endomingado, con su tinte rojizo, sus bigotes blancos, sus pequeños ojos claros.***

Y cuando habla de Soca, a quien evoca magistralmente en varias oportunidades, hasta culminar con la estupenda semblanza expuesta en las páginas que siguen, dice: ***Enseñó realmente medicina. El que haya pasado por*** **Argerich** ***sabe qué huella dejaba aquel hombre de estirpe soberana. En las postrimerías de su vida él llamó*** **Escuela Argerich** ***al grupo de los que, con Dighiero a la cabeza, cerramos filas a su alrededor y lo seguimos con ardor de neófitos y conservamos para siempre, orgullosamente, el sello de una enseñanza que no se pareció a ninguna otra y que, para nosotros no puede compararse con ninguna otra… Tuvo una vida tumultuosa y rica, multiforme y febril, fecunda y afanosa, complicada y densa. Dejó en el Parlamento o en el***

[8] GORLERO BACIGALUPI, Ruben: Luis Morquio (1867-1935). En: http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/morquio-gorlero.pdf (Consultada el 31.03.2013).

Consejo o en la Universidad o en las asambleas un destello o un surco, pero para los que sólo quisimos ver en él, porque era lo más alto, - el jinete de la estatua ecuestre, - al Médico, Soca continuará teniendo un perfil inequívoco y genial. Hay tal majestad en su continente, - alta la estatura, erguido el cuerpo, profunda la mirada, fina la boca, el bigote caído, leonina la melena, - que todos le tenemos un respeto religioso.

SU GRAN LIBRO "MEDICINA, UNA NOBLE PROFESIÓN"

En 1958 publicó el libro que le diera justo prestigio, que de modo cabal era la expresión de todos sus más queridos ideales de vida: *Medicina, una noble profesión* y que, según expresa, lo acompañó durante 4 años llenándolo de satisfacciones. Rápidamente agotado no pensó en reeditarlo hasta que, en 1965, le fue requerida la autorización para una nueva edición por los estudiantes de medicina, quienes hicieron las gestiones necesarias ante la editorial científica de la Facultad de Medicina. Efectivamente, la 2ª edición, sin otras variantes que un nuevo prólogo, apareció en 1966.[9]

Expresa en su prólogo que *el libro es la condensación de ideas que a cualquier médico, después de varios lustros de ejercicio profesional, le ha dictado la experiencia;* también que *fue concebido con el pensamiento puesto en los jóvenes que, si llegaran a leerlo – tiene sus grandes desconfianzas al respecto – encontrarán fundamentalmente la expresión de una idea y de un sentimiento que circulan a lo largo de todas las hojas y que son su única justificación; la idea es de que hay que esforzarse para conservar a la medicina su carácter profundamente humano, y el sentimiento es un amor a la profesión que los años no han hecho sino acrecer.*

Por eso sintió una satisfacción muy viva cuando esos jóvenes, de quienes expresamente dudaba, le pedían autorización para reimprimirlo. *Era tan inesperado y tan alto el honor que le dispensaban los jóvenes, para quienes había sido escrito el libro con temores de que no lo leyeran y era tan clara la injusticia de esa duda, que el autor accedió de inmediato al pedido.* Sin duda, desvaneciendo

[9] Héctor H. Muiños. *Medicina, una noble profesión.* Edit. Ciencias. Montevideo. 1858. 429 págs.

Héctor H. Muiños. *Medicina, una noble profesión.* Universidad de la República. Editorial Científica de la Facultad de Medicina. Montevideo. Uruguay. 1966. 319 págs.

su primitivo escepticismo renacía en él la confianza en los jóvenes. Como una etapa no sin vinculación con esta interesante experiencia de su vida, su reencuentro, ya en la vejez, con una juventud de la que durante años estuvo alejado, está la conferencia que debió ser pronunciada, pero que nunca lo fue, en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina. Entre sus papeles hemos hallado un sobre que contiene el texto de esta conferencia, sin título, perfectamente ordenada y cuidadosamente manuscrita, con subrayados como para enfatizar más o menos en su lectura y en cuyas últimas páginas se lee de su puño y letra *(Escrito a fines de agosto de 1958)* es decir, casi simultáneamente con la publicación de su libro. Hay, en la misma página una anotación con otra tinta y evidentemente posterior que dice: *Suspendida cuando iba a ser pronunciada, a pedido de los estudiantes, en la Facultad, por la larga huelga provocada* pa *obtener la sanción rápida de la ley orgánica de la Universidad (setiembre-octubre 1958).* Y luego nuevamente otra anotación que dice: *Solicitada nuevamente en julio de 1959 me negué a pronunciarla, entre otras razones porque tenía que hacer otra conferencia, totalmente distinta en el Clínicas (agosto 1959).* Sería muy interesante saber cuáles fueron las *otras razones* que lo llevaron a negarse a *leer* una conferencia que tenía totalmente escrita y preparada hasta en sus mínimos detalles; la otra conferencia fue efectivamente pronunciada por esos días en la Clínica Oftalmológica.

La conferencia que debió suspenderse por las movilizaciones obrero-estudiantiles que desató el proyecto de ley orgánica de la Universidad y que nunca fue pronunciada, desarrolla ideas expresadas en su libro, ampliando algunos conceptos y trayendo nuevos temas al conocimiento. Sin embargo, lo que hace de esta conferencia una pieza única en la vasta producción de Héctor H. Muiños es el tono y la afectividad, claramente paternal, con que está redactada y con el que, seguramente, el autor pensaba pronunciarla.

Está directa y exclusivamente dirigida a los estudiantes ya que comienza con la frase *Mis jóvenes amigos* y en todo el desarrollo mantiene este tono coloquial con el que Próspero se dirigía a sus discípulos. El texto no leído es una excelente síntesis en que el Dr. Muiños puso lo mejor de sí, de su larga experiencia de médico general, que ejerció la profesión como una auténtica profesión liberal y que se dirige, a la manera de testamento, a una juventud que seguramente no podría comprender su mensaje, puesto que la forma de ejercer la medicina que era el ideal de Héctor H. Muiños, ya no era

más posible. Su prédica, en gran parte no podía ser captada más que como el testimonio de un ideal de asistencia médica obsoleto y que había sido barrido por las nuevas condiciones económico-sociales.

A modo de síntesis, inevitablemente superficial de su libro, insiste sobre su eterno tema de los perjuicios de la excesiva especialización, de la importancia de la clínica médica y del valor de la observación atenta personal y directa del enfermo antes de descansar el diagnóstico en tantos y tantos exámenes de laboratorio.

De ella entresacamos algunos párrafos:

El estudiante no piensa que en la clínica no pueden exhibirle los pequeños cuadros que, sin embargo, constituyen gran parte de lo que van a encontrar el día que, bajo su tremenda responsabilidad, empiecen a conocer las grandezas y miserias del ejercicio de la carrera elegida. En el hospital no puede afinarse el contacto entre el médico y el enfermo, que será la base de la futura actuación. Porque el acto médico es profundamente individual. Es el encuentro de alguien que pide ayuda y de alguien que debe solucionar el problema, grande o chico, que lo trae a pedir auxilio. Al hospital no ingresan las pequeñas afecciones, que son las que superabundan. Por eso, inevitablemente, la enseñanza se carga de ciencia, y esa es la imagen que ustedes ven de la profesión, y se descarga de humanidad, que es lo que ustedes van a tener que conocer cuando sean autónomos y responsables.

Y es que en medicina hay que trabajar. En cualquier carrera hay que hacerlo, pero medicina, por la gravedad de lo que manejamos es imperativo. Yo estoy sorprendido de ver a algunos estudiantes de medicina que se quejan de exceso de trabajo; no estudie medicina el que empiece a regatear tan precozmente esfuerzos. Leí en **La Mañana** ***hace poco una carta de un interno de la Facultad, quejándose del quehacer y de las horas absorbidas por las guardias. Me dio pena. En medicina el trabajo permanente es lo único que puede llevarnos a la aproximación de lo que debiéramos ser y que nunca llegamos a ser. Tengan el orgullo de ser médicos. Convénzanse, supongo que predico a convencidos – de que no hay carrera comparable, ni de lejos, a la nuestra. Manejamos material humano, y esa es su grandeza. Todo esfuerzo que rehuyamos para cumplir con la exigencia permanente de nuestra profesión será en detrimento de la faena diaria que debamos emprender. El médico debe darse. Si no se tiene ese estado de espíritu, no se estudie medicina.***

El médico tiene y debe mantener una alta jerarquía. Alternamos con gentes de todas las clases y tenemos que mostrarnos capaces de expresar tanta idea que bien dicha, realizará esa figura cuya dignidad debe imponerse dondequiera. Sean, porque es necesario, ser cultos; no olviden la aguda definición de la cultura que daba un espíritu tan amigo de paradojas inteligentísimas como Oscar Wilde; la cultura es lo que nos queda cuando nos hemos olvidado de todo lo que sabíamos. Ese residuo imponderable que nos va dejando la frecuentación de los buenos autores, va ensanchando nuestro pensamiento, lo va abonando y va enriqueciendo nuestro idioma. Yo no conozco placer igual al de embriagarme con la gracia alada de Anatole France, con la ternura de Dickens o con la profundidad de Ortega y Gasset. No descuiden la lectura, y, en lo posible, no acepten traducciones. Piensen qué efecto les haría leer el Quijote en inglés y eso les dará el deseo de leer a Sartre o a Faulkner en el idioma original. Es bueno leer, alejándose momentáneamente de la medicina. A los hombres de años se les recomienda tener una actividad física que los arranque de la excesiva labor cerebral, a la que predispone la quietud. A los jóvenes, a los que les sobran pretextos para la actividad física desbordante, les conviene leer, levantando el punto de mira, buscando, - por intuición o por consejo, - autores que nos enseñen, que nos deleiten o que nos entretengan.

El médico que comprende su ejercicio en un sentido vasto debe conversar mucho con sus enfermos, ilustrándolos, serenándolos, amonestándolos. Si no es culto, será incapaz de toda esa importantísima terapéutica de la persuasión, sacará precozmente su estilográfica, recetará la media docena de medicamentos que en esta época de locura terapéutica le vendrán a la pluma y dejará ir al enfermo que, la mitad de las veces lo único que necesitaba era la palabra tranquilizadora. Curar con la palabra es un desiderátum. Yo no quiero hablarles de medicaciones y de problemas de tratamiento, porque ustedes están muy lejos de esa etapa y los consejos de ahora se desteñirán irremediablemente. Pero sepan que gran parte de la medicación que se descarga sobre los enfermos es perfectamente inútil o perjudicial. El médico que no sabe hablar más que de medicina materialista ignora la importancia de una frase o de un razonamiento, cuando lo que lleva al enfermo al consultorio es una inquietud, una angustia que depende puramente de causas morales.

Debe haber sido una experiencia amarga el tener que suspender su conferencia que casi es un testamento médico y en la que había

puesto tanto esfuerzo, tanto cariño, y seguramente tanta ilusión. Cabe sospechar que estos sentimientos de íntima frustración deben haber actuado cuando al año siguiente *se negó* a dictarla pese a que se la reclamaron y así dejó consignado en el manuscrito. Entrevemos aquí un aspecto no sin interés de su psicología, que aparecerá en otros momentos de su vida.

* * *

Medicina, una noble profesión **es un libro sin par. Expresa la concepción del ejercicio profesional de un médico excepcionalmente inteligente, que asiste, con preocupación, a profundos cambios en la forma de ejercer la medicina, en el trato dado al enfermo, en las relaciones del paciente con el médico y de éste con sus colegas, en el desarrollo desaforado, y no siempre justificado de una industria farmacéutica, apoyada por una publicidad avasallante, en el establecimiento de formas de mutualismo y de seguridad social mal orientadas, peor organizadas y no siempre dirigidas al exclusivo bien del enfermo y, en general, en todo el inevitable desajuste que la introducción de la medicina científica y los profundos cambios sociales y económicos ocurridos después de la primera guerra, produjeron en las formas del ejercicio liberal individualista, que caracterizó al médico de familia del siglo XIX. Hubo, y hay todavía, inevitables regresiones en ese gigantesco cambio que se está operando en las formas de la asistencia médica, al ser sustituido el médico de familia, que asiste desde el parto hasta la vejez, por el complejo hospitalario con su equipo de múltiples y casi anónimos técnicos, médicos y para-médicos, con sus numerosas especialidades, con su impresionante multiplicidad de aparatos y laboratorios y culminando con una terapéutica compleja, de productos químicos de impronunciables denominaciones, que rápidamente se suceden y que no permiten, sino raramente, la sedimentación de una experiencia personal, cuando ya son sustituidos por otros.**

Y como una reacción a este avasallante cambio, como una necesidad de expresar su protesta inteligente y fundada, como expresión del disgusto por la desaparición inexorable de relaciones humanas que creía eran la única forma cabal de convivencia, casi como una catarsis, escribió su libro. No alcanzó a comprender probablemente que ese cambio inevitable, que ese sacrificio de formas individualistas del ejercicio profesional, era la expresión de un formidable avance que al progresar dejaba las ruinas de una práctica médica superada.

El libro de amenísima lectura, comienza por analizar la evolución de la medicina y la aparición, en el siglo XIX, de la medicina científica. Esta veta científica de la medicina, que llevó una concepción organicista, celular y química, orientó la atención del médico, cada vez con mayor profundidad, hacia campos cada vez más restringidos. El avance científico trajo consigo, inevitablemente, la necesidad de la especialización; la medicina se fue parcelando en especialistas que atendían a pacientes de un solo aparato, de un solo órgano, o hasta de una sola enfermedad, como ha acontecido con la diabetes. Como consecuencia, el médico ha perdido la visión panorámica total del hombre que sufre, con su cuerpo enfermo y su psiquis preocupada, temerosa y angustiada. El hombre enfermo no está solamente aquejado del mal funcionamiento de un órgano o aparato, sino que es todo el ser, en todas sus funciones y en todas sus reacciones, incluso en su complejo familiar y, desde luego, en su actividad social, que se halla comprometido más o menos seriamente por la enfermedad y esto, con demasiada frecuencia, es ignorado por el especialista. Reclama por eso Muiños una vuelta a la medicina del individuo que en los últimos tiempos ha asomado como una especialidad más; la medicina psicosomática en la que la unidad psiquis-soma está nuevamente integrada. Pero el que claramente contempla mejor esta necesidad de encarar al enfermo como una totalidad y, todavía más, como una pieza en el ambiente familiar, es el internista, que ejerce liberalmente su profesión como *médico de familia.* Esto le da oportunidad para un conocimiento familiar, para un análisis profundo de los antecedentes, para estar interiorizado de circunstancias socio-económico-familiares, que puedan haber influido sobre la salud de su paciente. Le ofrece todavía la oportunidad de disponer de tiempo suficiente para un interrogatorio profundo y bien conducido que pone al médico, rápidamente, en la vía del diagnóstico.

Sobre esto nos dice: *Todos sabemos sin gran esfuerzo de reflexión, que el médico de familia tiene una situación de privilegio para la interpretación clínica del paciente. La posesión de su historia patológica vivida y la de sus padres y hermanos, el conocimiento de toda la patología heredada y de toda la historia personal, coloca al médico familiar en posición ventajosa para rastrear el origen del cuadro actual: son documentos clínicos muy distintos de los que pueda dar un concienzudo interrogatorio cuando se sabe qué indisciplinado y distraído es el enfermo criollo. Por añadidura, el médico casero es el depositario de secretos que el propio enfermo no puede revelar, simplemente porque los ignora: aquel alcoholismo del*

abuelo, aquella sífilis juvenil del padre, aquella neurosis de la madre. Es el que conoce las desdichas y los rencores y los antagonismos y todas las miserias de que sólo una larga confianza lo ha hecho sabedor. Es el que sorprende las enfermedades en su iniciación, en sus vagos comienzos: toda esa faz que en el enfermo de hospital escapa totalmente al ojo alerta del profesor y, sobre todo, al criterio inexperto del alumno, que ve cuadros constituidos y no aprecia toda esa clínica de los comienzos que va a representar uno de sus serios obstáculos cuando empiece a ejercer.

Y por eso se propone el desempeño de concitar, en una feliz unidad, la tendencia dispersiva, científica, de la medicina moderna con las formas tradicionales de la atención médica al enfermo privado. ***Hay un viejo tópico, ya que se habla de la madurez de la ciencia médica, que de cuando en cuando vuelve como asunto de discusión, a la manera de esos temas de composición escolar en que inagotablemente se ejercita la aptitud de discurrir sobre ideas que parecen siempre vírgenes. El torrente de técnicas y de descubrimientos que han revolucionado la medicina de este siglo ha acendrado el concepto de que medicina es una ciencia, y parece infantil discutirlo, pero cuando la convicción parece más legitimada, la noción de arte – el viejo arte de curar -, levanta tímidamente la cabeza – porque la ciencia es arrogante e imperiosa -, la convicción se tambalea y se vuelve a pensar que medicina sigue siendo un auténtico arte también. Y es que las dos grandes raíces se hunden en tal montaña de hechos y de experiencias que el problema deja de serlo cuando uno se percata de que todo se reduce a una simple cuestión de punto de vista y de que los dos enfoques no se contradicen, sino que se complementan. Medicina es una ciencia aplicada.***

…es ciencia en inquietísima transformación – porque su evolución significa cambio perpetuo -, alentando la curiosidad de los investigadores y concentrándose en esa Babel de libros y revistas que traducen su torrencial producción. Pero todo ese caudal de sabiduría hay que aplicarlo al ser humano en ese ejercicio que es la clínica, profundamente individual y variable y ondulante; la presunta certidumbre científica reclama, frente al enfermo, condiciones personales tan claras, que medicina resulta una creación diaria con todos los caracteres individualistas de un arte definido. Hay, por consiguiente, una dualidad de concepto cuando se habla de medicina, y ahí está la raíz de todas las inútiles disidencias: medicina es la suma de conocimientos depositada en los libros y medicina es una

profesión. En la progresión de estudios el empirismo ha ido cediendo la totalidad del terreno a los métodos científicos más depurados; en el ejercicio, donde le profesional aplica la suma de conocimientos, el factor individual es esencial en el modo de aplicarlos y el arte de curar adquiere su máxima jerarquía.

Sigue luego un largo estudio sobre la medicina hipocrática, con menciones precisas sobre casi cada uno de los libros en la insuperada edición de Littré que demuestran la familiaridad con el código de quien lo ha frecuentado mucho, de quien ha hecho en él estudios sistemáticos, y de quien ha sabido, luego, al azar del hojeo cotidiano, espigar lo esencial, meditarlo, anotarlo y comentarlo con singular acierto. Y este resumen, seleccionado y cimentado, del vasto código hipocrático, que ocupa de la pág. 151 a la 162 con más de 30 precisas citas, traduce hasta qué punto le interesó la historia de la medicina, de la que fue un cultor apasionado. Y más adelante dedica especial atención al juramento Hipocrático, así como a las versiones modernizadas del mismo que le parecen condensar formas eternas de ética médica, que deben estar siempre actuantes.

Otro aspecto de la medicina moderna que lo preocupa y que analiza con su habitual sagacidad, es el de la evolución terapéutica. Desde el período en que Muiños se hizo médico hasta que escribe el libro que comentamos, la terapéutica ha sufrido una evolución tumultuosa en la que, como ocurre casi siempre, junto a reales y positivos progresos se han colado medicamentos y procedimientos terapéuticos dudosos, cuando no directamente inútiles o, inclusive, perjudiciales.

El médico de hace treinta años recetaba sus pociones, en las que el benzoato o el pyramidón, la digital o el salicilato, eran las **vedettes,** ***graduaba sus concentraciones, disimuladas con infusiones o jarabes que el farmacéutico equilibraba*** **según el arte,** ***responsable perfecto de la composición del medicamento. Ahora, los medicamentos son entregados por un empleado que ayer vendía zapatos o anteayer cacerolas, porque el trabajo de buscarlos en los estantes es el mismo; tienen diez sustancias activas en lugar de una; tienen dos sustancias conocidas del médico y seis disfrazadas bajo los rosarios de fórmulas muy científicas, pero inabordables para el médico que arrojó hace años sus recuerdos de química, que tampoco le servirían para identificar todas esas cadenas de radicales que el laboratorio eslabona y ramifica a voluntad. El mismo medicamento existe en treinta formas, con nombres distintos, dosis diferentes y vías de utilización***

diversas, porque va acompañado de todo lo que puede dar la impresión de que se refuerza su acción o se enmascara su gusto o se disimula su intolerancia o se facilita su asimilación. El médico ve abarrotada su mesa todos los días de consulta con diez frascos y veinte cajas nuevas, si no sube al automóvil con cuatro tarros que lo esperaban en el corredor del hospital. Y como la literatura que los acompaña demuestra que la incorporación de esta sustancia potencializa el medicamento y la de aquella otra lo reactiva, y como al volver a casa va a encontrar veinte sobres con literatura admirablemente impresa, venida de los cuatro puntos cardinales, recordándole que esta fórmula es la más completa y, por otra parte, la más barata; y como al lado va a hallar una pila de revistas gratuitas, con resúmenes de trabajos importantes o no, pero que el médico atareado cree que son todos importantes, el resultado es el que el vendedor del medicamento persigue, y es que el médico añada otro nombre a la lista. ¿Mira, acaso, el médico la fórmula del medicamento y trata de descifrarla? En la inmensa mayoría de los casos, no. Tiene mucha prisa, está muy cansado o lo esperan lecturas más importantes; el prospecto que acompaña a estos nuevos comprimidos lo ilustra suficientemente sobre sus indicaciones, sus efectos, sus dosis, sus vías de introducción y sus resultados.

El capítulo sobre el *placebo,* nombre con que se designa a una prescripción constituida por una sustancia anodina, inactiva, sin ningún efecto farmacológico, ni terapéutico, y que se administra al solo objeto de ejercer un efecto psicológico sobre el paciente, ya sea con fines de sugestión o a fin de comparar su efecto con el de otra sustancia, que se supone activa, y que se administra en forma idéntica, es sencillamente magistral y constituye una verdadera contribución científica al tema. Es una de las mejores que se han publicado.

Como era de esperar le merecen especial atención los efectos psicológicos que el médico ejerce sobre el paciente, y tanto en lo que tienen de beneficioso, es decir en la psicoterapia, de la cual trae a colación buenos ejemplos de su experiencia personal, como sobre el efecto lamentable del médico que, por descuido o por torpeza, desencadena reacciones perjudiciales en sus enfermos.

Si hay algo importante en la concepción moderna de las enfermedades – y aquí dirá burlonamente Pequignot que todo el que moja una pluma para sus sermones laicos teje variaciones interminables sobre el tema -, es la intervención que se ha reconocido

al espíritu en la manifestación clínica y que ha culminado en ese movimiento que hace correr tanta tinta y que se ha denominado medicina psicosomática.

Medicina psicosomática equivale a poner énfasis en una real reacción contra el concepto, ya anclado, de que la enfermedad es una invasión bacteriana, un desequilibrio hormonal o una alteración orgánica en el cuerpo del hombre que es, en fin de cuentas, lo que el oficio sugiere y lo que el médico uniformemente piensa cuando se encuentra, urgido, frente al enfermo tras del cual hay una docena en la sala de espera o al paciente visto en domicilio a las diez de la noche o en una visita matinal forzosamente breve porque se acerca el horario de la guardia de hospital o de la policlínica mutualista o del visiterío de los que aguardan la certificación de una enfermedad más o menos auténtica que los autorice a faltar cinco días a la fábrica o diez a la oficina pública donde creen que trabajan. Reacción contra el abordaje sumario del paciente, para recordarle al médico que la enfermedad, funcional u orgánica, puede ser la secuela de traumatismos nerviosos o emocionales, puede ser una imperfecta adaptación, una alteración en el estímulo anatómico de los centros superiores; reacción para insistirle al médico en la noción, muy leída pero no adoptada, de que al enfermo hay que oírlo, dejarlo abrirse y entregarse sin recelo, sin ese pudor que frena e inhibe y no deja explayar la confidencia que, en tantas ocasiones, es la clave, el **primun movens** ***de todo el cuadro. Medicina sigue siendo mecanicista: si se ha ampliado el punto de vista, en la práctica – estamos en el arte, otra vez - , no se ha elevado. El médico cree que le presta más atención al enfermo porque le ordena radiografías y exámenes de laboratorio y porque le receta profusamente: cortinas que muchas veces lo alejan más de él.***

La grandeza de la medicina radica en que, en esa relación médico-paciente, hay una carga emocional, afectiva, que tal vez conoce a veces el sacerdote – aunque sin la enorme inquietud de la vida que se cree comprometida y sin la urgencia que dramatiza la intervención médica -, pero que es, en cambio, la regla en el ajetreo diario de la profesión. El hombre que se acerca al médico pidiéndole alivio, cura, tranquilidad, esperanza, llega en condiciones de subordinación, porque viene a pedir lo que sólo la voz del médico puede proporcionarle. No hay nada más igualitario que el dolor que implora el auxilio del médico. Todos los orgullos claudican frente a su imperio; el médico tiene en su mano la salud, que no sabe de

grandezas ni de pequeñeces humanas. Tal vez – de tal manera la costumbre va enmoheciendo los resortes de la atención -, no se medita bastante en el poderío del médico, que ha alcanzado en el mundo moderno dimensiones excepcionales. Ha podido mostrársele como el tirano que hoy ordena una limitación al régimen alimenticio que significa la supresión de todo lo que el enfermo prefiere en los placeres de la mesa, que mañana paraliza las actividades del hombre más absorbido o más indispensable y lo secuestra en la cama o le impone vacaciones o lo arranca a todo su mundo de intereses; o yendo a un plano con mucho mayor resonancia social, se transforma en un dictador que cierra, inapelablemente, una frontera, inmoviliza a un barco sin cuidarse ni un minuto de sus urgencias o de los intereses comprometidos, clausura universidades o escuelas, teatros o cines, vacuna a millones de seres, o prohíbe el expendio de productos alimenticios valiosísimos o sella fuentes o manantiales indispensables o paraliza fábricas o aísla casas, barrios o pueblos.

Algunos se sonríen cuando se dice que hay algo sacerdotal en el ejercicio de la medicina. Eso es viejo, aplicable a los tiempos del doctor con sombrero de copa, levita y bastón recto con puño de oro, de medicina sibilina y enfermos ignorantes. Eso trasciende a antigualla: la primitiva Facultad de Medicina de Buenos Aires en la calle Tacuarí llevaba sobre la portada esta inscripción: **Dios te instituye sacerdote del fuego sagrado de la vida.** ***En esta época nuestra en la que el enfermo se receta hormonas, vitaminas y antibióticos y en la que la poliomielitis o coronaritis son términos de uso popular, hablar del médico sacerdote – se dice, - es evocar un empolvado figurín. Y, sin embargo, es necesario y basta haber sido médico de hogares sobre los que se desploma el infortunio con la muerte súbita del padre o con la descompensación cardíaca del jefe o con la paraplejía de la madre para que la palabra sacerdocio no sea ese vocablo romántico sin sentido en esta época materialista: el que no haya conformado a un enfermo en uno de esos trances de invalidez o no haya serenado a una mujer enfrentada de súbito a las penurias de la vida por desaparición del compañero, no ha vivido la medicina. Es un técnico, y todo este libro tan modesto y tan presuntuoso está de más para él. La noción de sacerdocio y el libro serán dos antiguallas equivalentes.***

Analiza a continuación las nuevas modalidades de la asistencia médica que ve cambiar rápidamente; la extensión progresiva de la

asistencia colectivizada y la amenaza de una socialización de la medicina.

A pesar de su fe inquebrantable en la medicina individualista no deja de reconocer ventajas y progresos en el ejercicio mutual.

El enfermo es mejor estudiado que nunca, si es que a los médicos no les ataca la pereza de confiar excesivamente en la pila de papeles y prescinden de la técnica cautelosa del viejo oficio. Mejor estudiado, sí, pero lo que es dudoso es que sea mejor atendido. La usina perfecciona los resultados, pero deshumaniza la asistencia, porque se va esfumando el prestigio del acto individual. Y surge otra de las paradojas de este momento, cruda y tajante: la asistencia se hace cada vez más deshumanizada, precisamente en la época que clarinea el descubrimiento de que al enfermo hay que enfocarlo como un todo, en un esfuerzo de acercamiento, de comprensión y de intimidad. Una antinomia más: doctrinalmente, la evidencia de que el enfoque debe ser más individual que nunca; pragmáticamente, la necesidad de dispersar la atención y alejarse del enfermo.

Pero el encarecimiento del cuidado médico, en esta época de tan hondas transformaciones sociales, trae algo mucho más serio para la profesión. El Estado, que por otra de esas brutales paradojas, cercena cada vez más la libertad de los individuos cuando más enfáticamente proclama la libertad como base de las democracias nunca tan pregonadas y petulantes, no puede dejar escapar la posibilidad de invadir otra esfera de radio tan infinito como es la salud del pueblo. Devorador de todos los individualismos, crea sus monopolios de asistencia o sus cuadros de Seguridad Social o sus seguros de enfermedad.

En nuestro país se viene hablando con creciente insistencia de seguro de salud, de seguro de enfermedad y de socialización de la medicina. Las sucesivas convenciones médicas, desde la primera, han venido ocupándose de este tema fundamental, que ha originado varios informes en los que distinguidos colegas han enfocado el problema a fondo y desde diversos ángulos. Insistimos en que no es nuestro fin, porque nos llevaría muy lejos, engolfarnos en él. Lo único que nos permitimos, abiertamente, es declarar nuestra conformidad con las opiniones que claman para que, si ha de llegarse a tales soluciones tras estudios sociales y económicos profundos, la organización que surja se vea libre de la intervención del Estado. No puede olvidarse, en cualquier solución, que hasta la fecha el

mutualismo privado, que conoce un auge jamás alcanzado y que, en sus instituciones importantes, ha ido mejorando sus servicios, contemplando los intereses de sus cientos de miles de asociados y los de sus centenares de médicos, merece ser considerado y protegido del apetito de las empresas comerciales que se han disfrazado con aspectos mutuales que a nadie engañan. No estará de más advertir que el autor de este libro no ha pertenecido jamás a ninguna sociedad mutualista, hecho que lo coloca en situación cómoda para juzgarlas: cree que la diferenciación entre tipos tan diversos de organizaciones como las que actualmente florecen, se impone, para garantía de los miles de asociados a quienes hay que librar de la especulación y de la estafa. El mutualismo mejorado, encarrilado y vigilado, puede dar bases para las soluciones que se buscan.

Ya hemos visto que no elude, sino que afronta con decisión el concepto de que el médico tiene algo de sacerdote en la intimidad de su ejercicio profesional. Y siente profundamente esta misión que le ha deparado, seguramente, algunas de las satisfacciones más puras y vivas de su existencia. Por eso nos dice:

Cuando se hace medicina de hogar – y en esto el internista es el juez -, se adquiere la influencia derivada de la fe nacida al amparo de la larga frecuentación, que va dictando al médico los modos de contemplar las rudezas del uno, las pusilanimidades del otro, las ingenuidades de éste o las indocilidades de aquél. Se recoge, entonces, en moneda de afecto y de respeto, todo el bien que hace en los ánimos conturbados una palabra de serenidad y de seguridad. La frialdad de la ciencia se funde en el calor de ese arte médico lleno de satisfacciones que, vividas, nos reconcilian con todas las amarguras deparadas por la profesión. Porque se sufre en nuestra profesión, se sufre mucho, y si no hubiera el goce del diagnóstico iluminado o del tratamiento salvador, intensísimo e imposible de narrar, si no se tuviera la recompensa de la mirada húmeda de agradecimiento o del hondo apretón de manos en silencio, sería insoportable la tristeza del fracaso o de la impotencia. El vínculo con el enfermo crea ternuras que compensan muchos sinsabores. De cuando en cuando, la ingratitud, feroz e hiriente, nos dice que el ser humano, al que hemos dado tantas veces lo mejor de nosotros, es tornadizo, olvidadizo, egoísta e injusto.

Los últimos capítulos de su libro los dedica a analizar, con una enorme y modernísima información, el problema de la enseñanza de la medicina; problema viejo como la medicina misma pero agudizado

en forma casi cataclísmica, desde que el progreso vertiginoso de la ciencia médica obliga a absorber, en el mismo período de tiempo una masa mucho mayor de conocimientos. Y cumple así, en los capítulos XIII y XIV, dentro de lo inevitablemente reducido del espacio, con dar un análisis muy rico de las nuevas orientaciones en la enseñanza de la medicina que se están ensayando en todo el mundo, expresando su opinión personal, fundada en cada caso. Y sorprende que este maestro por naturaleza, que nunca ha ejercido oficialmente la docencia médica para la que estaba excepcionalmente dotado, demuestra un conocimiento de las formas de la enseñanza de la medicina en los países más adelantados, y un criterio de certero sentido común y de fina percepción crítica de métodos y planes, como nadie ha demostrado poseer en este país.

Y clausura su libro con una frase nostálgica en que no podía faltar el toque personal. Dice:

Y queda cerrado así este pobre libro que me ha acompañado mucho tiempo y me ha permitido goces intensos al obligarme a rememorar toda mi carrera, todos mis maestros, todos mis inconformismos, todas mis lecturas. Me he sentido remozar – ésa es la fuerza increíble de la medicina - , en el planteo de problemas actuales que he creído encarar con la serenidad del viajero que se vuelve a mirar el camino recorrido – vieja imagen siempre verdadera -, lo ve en sus curvas, en sus cumbres y en sus barrancos, no se arrepiente de lo andado y piensa que volvería a hacerlo con la misma alegría y la misma fe. El secreto es que el viaje se ha hecho por los vericuetos de la medicina, y la medicina es, como dice el viejo Hipócrates en la Ley, de todas las profesiones, **la más noble.**

Su libro fue la reacción apasionada frente a cambios que no pudo asimilar, que modificaron radicalmente las formas de ejercer la profesión a la que había entregado su vida. Pero su reacción fue inteligente y comprensiva.

* * *

Pasó por la vida con indiscutible señorío; gran señor de la medicina que llegó a dominar como clínico experto y sagaz, bien informado y de gran sensatez; llegó a tener una gran y selecta clientela que le admiró, le quiso y le fue fiel y a la cual él se entregó con todas las fuerzas de una vocación inquebrantable, a cuyo servicio

puso todo lo mejor de sí; supo cumplir así, con el tríptico inmortal de la medicina: curar, calmar, consolar. Ejerció la profesión de un modo que iba perdiendo, en el curso de su vida, rápidamente vigencia, la del médico de familia. Y asistió con penetrante lucidez a cambios de la forma asistencial que instintiva y racionalmente desconfiaba y rechazaba. Un mundo de evolución técnica, social y económica vertiginosa que repercutía día a día sobre la medicina que él practicaba con tanta jerarquía. Su reacción a estos cambios fue el libro cuya redacción ocupó cuatro años de su vida, cuando había alcanzado ya ese momento crítico de la existencia de todo hombre, en que siente la necesidad de los balances y los inventarios. Por eso puso como colofón del mismo la frase que hemos transcripto.

La cultura recibida y el ambiente social y político que asistió al iniciarse su personalidad, fueron una promesa incumplida. Sin embargo, fue él uno de los menos defraudados, de los que mejor pudieron mantener formas de vida y de ejercicio profesional que se desvanecieron porque carecían de sólida base y de los que, hasta el fin de su vida siguió reclamando el cumplimiento de aquella promesa.

Pero reaccionó a estos cambios con imperturbable señorío, dominio de gran elegancia intelectual que armonizaba una clara y lúcida inteligencia, con una cultura extensa, bien asimilada y organizada para emplearla según el que fuera eje fundamental de su vida: la medicina. Leía con atención y profundidad, literatura en varios idiomas, tanto clásicos como modernos, pero destaca principalmente el brillo de la literatura francesa y en ella resplandece Valéry, a quien cita reiteradamente y Anatole France de quien dice: *Yo no conozco placer igual al de embriagarme con la gracia alada de Anatole France;* pero también están presentes Charles Dickens, George Bernard Shaw, Sacha Guitry (el teatro fue una de sus pasiones), Mark Twain, Gómez de la Serna, Ortega y Gasset, Oscar Wilde, Rafael Barrett, Sartre, Faulkner y tantos otros. Y entre los clásicos Platón, Suetonio, Heródoto, Cicerón y el padre de la poesía, Homero, que abre en magnífico pórtico la primera página de su libro. Y entre los nuestros Rodó, Zorrilla de San Martín, Vaz Ferreira. ¿Para qué citar más?; fue un lector apasionado y recomienda a los jóvenes la lectura de la buena literatura. Amante de las artes plásticas, para las que poseía un buen gusto indudable, supo ir acumulando a lo largo de su vida una nutrida y selecta colección de cuadros, de autores nacionales y extranjeros, selección ecléctica, pero en la que imperaba el común

denominador del buen gusto y el acierto del artista que, fuera de duda, alentaba en Héctor H. Muiños.

Ama la música y asiste con regularidad a óperas y conciertos; los conciertos del sábado de la OSSODRE lo cuentan entre sus asiduos concurrentes y a veces, cuando el programa lo ha satisfecho, vuelve el domingo a escucharlo nuevamente. Le viene este gusto musical desde la niñez y la juventud cuando concurría a presenciar las grandes compañías de ópera que en aquel entonces llegaban a Montevideo y gozaba, desde las localidades más económicas, de veladas que nunca olvidó. Las voces de Carusso, Tita Ruffo, Galli Curci, Adelina Patti resuenan todavía en sus oídos medio siglo más tarde. Pero supo armonizar toda esa cultura en el cañamazo de su medicina, de su cultura científica y de su experiencia de la vida y pudo así esculpirse a sí mismo en una personalidad de humanista, de médico filósofo, en una especie casi extinguida y de la que él fue un ejemplo admirable de una forma que la tecnificación y el especialismo van inexorablemente sacrificando.

Fue un gran señor, de indiscutible señorío, dondequiera que estuviera. Bastaba acercarse a él para reconocer, en el gesto elegante y medido, en la frase precisa, sensata y con ritmo interior, en el fluir del pensamiento fácil y profundo, en la expresión del sentimiento manifiesto pero recatado, a una personalidad de excepción. Así pasó como un gran señor, representante excelso de lo mejor de un mundo ya muerto del que había rescatado valores eternos, que lo serán siempre porque están hechos a la medida del hombre de cualquier época.

Y pudo hacerlo también porque refugiado en su profesión, en su copiosa biblioteca, rodeado de sus obras de arte, querido y admirado, en su trajín diario o en el retiro a que acudía para sus lecturas y sus escritos, logró aislarse del mundo y pasar sin comprometerse a través de un mundo convulsionado y conflictual que parece no haberlo afectado. En los últimos años, retirado ya del ejercicio profesional, se refugiaba durante largas temporadas en su chalet *La Loma* de Punta del Este, donde había hecho construir un ambiente de lectura y recogimiento. Desde allí dominaba la magnífica perspectiva de la bahía de Maldonado que servía como fondo del espectáculo siempre renovado de serenos y polícromos atardeceres estivales y de puestas de sol de incomparable belleza.

En el transcurso de su largo ejercicio profesional fue designado en numerosas ocasiones perito médico de los Tribunales y produjo informes variados, casi todos referentes a incapacidad total o parcial, que traducen su sagacidad y su responsabilidad en el análisis de los casos. Frente a un viejo octogenario, con cuantiosos bienes nos dice: ***Y es que su vida, ahora, se reduce a la pasiva existencia de quien se pasa las horas con un compañero, que es el alcohol. Es la pasión dominante. Hace dos años, cruzaba veinte veces los cien metros que separan su casa de la casa de comercio contigua – de uno de sus hijos, - para tomar el vaso de caña; ahora con la dificultad de movimiento que determina el reuma tiene la botella junto a la silla y, entre llenar la pipa y vaciar la botella, las horas pasan. Todo esto lo refiere sencillamente con su ingenuidad de hombre bueno y simple. Sabe cuáles son sus bienes: posee un campo de 902 cuadras en Río Negro, - herencia materna, - posee cuarenta o cincuenta cuadras de campo en el paraje donde vive, posee unas quince cuadras a corta distancia y algún terreno en el Cerro. Si se ahonda, se ve de inmediato su pereza mental. No sabe si el campo de Río Negro, - que en ochenta años no ha tenido tiempo de ver, - tiene costa sobre el río; no sabe cuáles son sus linderos; sabe que lo tiene arrendado a sobrinos y sabe cuánto le produce, sabe igualmente cuánto le produce la chacra donde vive, arrendada, en parte, a sus hijos; sabe, - pero siempre con despego como si no se tratara de cosa propia cuanto le produce la otra fracción de campo... Pero sabe todo eso muy aproximadamente porque él no administra sus cosas. Él tiene una caja donde guarda las rentas que le entregan y saca de allí para gastar sin saber muy bien lo que gasta y sin saber mejor lo que dispone.***

* * *

Hay varios incidentes en su vida que muestran facetas muy netas de su personalidad firme y segura, pero no combativa, eludiendo la lucha aunque eso sí, dejando claramente expresada su posición. La primera es cuando, siendo consejero de Enseñanza Secundaria, no comparte la orientación que se le está dando a ese instituto. Renuncia entonces (6-IV-29) y lo hace precisando claramente sus motivos: ***Perfectamente solidarizado con las directivas de acción del Consejo de Enseñanza Secundaria, mientras lo integré activamente, he tenido discrepancias íntimas frente a una serie de resoluciones importantes posteriores a mi retiro, discrepancias que culminan actualmente con la forma en que se acaba***

de solucionar la provisión de la Dirección del Liceo Rodó, asunto en el que momentáneamente llegué a pensar en intervenir, frente a la inminencia de una solución con la que estaba en radical desacuerdo y saliendo para ello de la voluntaria abstención que me había impuesto. He considerado que era preferible no salir de mi prescindencia, pero para retirarme definitivamente de una corporación con la que siento debilitarse cada vez más la perfecta unidad de pensamiento que mantuve mientras me tocó integrarla. Esta causa determinante, sumada a la notoria razón de mis tareas absorbentes, me ha decidido a no aplazar una renuncia que me imponen las circunstancias.

La segunda es cuando, en 1932 se producen importantes cambios en los planes de los estudios de Enseñanza Secundaria y Preparatorios, de los que es profesor. Muiños no es entusiasta del plan hasta entonces vigente; en varias oportunidades menciona con añoranza el viejo bachillerato en que él mismo se formó, como un plan mucho más eficaz. Pero ve todavía con mayor desconfianza el nuevo plan al que consideró ineficaz y altamente perjudicial. Además el cambio de plan obliga a algunos profesores a cambiar de asignaturas y a dictar materias para las cuales deben improvisarse rápidamente. Entonces envía su nota renuncia (20-III-933) al Consejo de Enseñanza Secundaria del que había sido, hasta hacía bien poco, miembro y al que había renunciado, como vimos, por discrepancias. Dice en su nota: ***Tengo el honor de elevar al Honorable Consejo que usted preside mi renuncia del cargo de profesor de física que desempeño desde hace más de veinte años. He llegado a esta resolución, no por cansancio ni por pérdida del entusiasmo que me ha animado en mis largos años de enseñanza ni porque haya recibido otra designación que complique mis horarios o me asegure nuevas compensaciones: renuncio en virtud del profundo y creciente desacuerdo entre las condiciones en que debo seguir llenando mis funciones de profesor y las que yo considero deben existir.***

Más cómodo sería retirarme silenciosamente. Pero faltaría al amor que he puesto siempre en mi función docente si, cuando contemplo con asombro grandes fallas que no hacen sino acentuarse, no tuviera la lealtad de manifestar ante el Consejo que preside los destinos de la Sección las causas que me obligan a desertar de un puesto que he desempeñado, creo, **sin gloria pero con honor.**

*** *** ***

Soy el más antiguo de los profesores de física en actividad. He asistido, señor Decano, como profesor, a la implantación del plan de Enseñanza Secundaria, - sustitutivo de aquel magnífico, - desde sus comienzos. Me pareció malo desde el principio. Ha sufrido modificaciones que lo han empeorado invariablemente. La última, que ahora está en tren de implantarse, me parece desastrosa. No tengo el impertinente deseo, - y podría discutírseme con fundamento autoridad para ello, - de analizar todo el plan cuyo ensayo comenzó el pasado año. Pero tengo mi autoridad de viejo profesor de física para comentar la transformación de mi materia en una cosa que se llama Ciencias físico-químico-naturales, continuada al año siguiente por otra cosa que se llama Ciencias físico-químicas. Y aunque nadie sabe qué abarcan esas denominaciones ni qué se va a enseñar, porque ahora, - como el año pasado, - el comienzo del año escolar ha llegado con tan gran impertinencia que se ha anticipado a la redacción de los programas y no ha dado tiempo a pensar en los posibles textos, todo hace pensar que en esta nueva materia han de incluirse nociones correspondientes al primer curso de química y a la totalidad de la Anatomía, Fisiología, Zoología, Botánica, Mineralogía y Geología, materias éstas que no reaparecerán más en el plan y que en algunos estudios preparatorios no existen.

* *** *

Y bien, señor Decano; yo he enseñado física veinte años largos y no estoy dispuesto a enseñar esa materia enciclopédica para la que se destina una hora diaria. Y si este año puedo refugiarme en los cursos de física segundo año que aún subsistirán por vigencia del plan anterior, o en los cursos Preparatorios, que he dictado varios años, no haría al continuar la enseñanza más que aplazar objeciones demasiado fundamentales que puedan postergarse para mejor ocasión.

* *** *

Pero esta misma cuestión arrastra consigo otro problema quizás más grave. La implantación paulatina del nuevo plan trae aparejada la supresión de materias que hasta ahora han integrado todos los planes o su inclusión en cursos que engloban materias más o menos afines, como es el caso de Física. Ya se planteó el problema el año anterior

con Historia Natural, suprimida del primer año en vigencia. Y entonces se asistió a algo trágico: a la ubicación de los profesores de Historia Natural en cualquier materia que se atrevieran a dar y que permitiera el respeto de sus calidades y derechos de profesores. Dictaron, así, Ciencias Geográficas o Matemáticas o Castellano. Este año se vuelven a plantear más agudamente, el caso. Los profesores de Física e Historia Natural deberán buscar la materia que compense los cursos que abandonaron forzosamente. Y es fácil imaginar la situación de los profesores de Física que se atrevan a dictar por primera vez, **en pèle-mêle,** ***Química y todas las ramas de la Historia Natural o a los de Botánica enseñando Mecánica y teoría atómica.***

Uno de los grandes, de los esenciales problemas de nuestra enseñanza secundaria ha sido la formación del profesorado. Todos, todos nos hemos improvisado profesores, a falta del instituto forjador del personal adecuado. Los años han ido formando profesores, buenos profesores, de todas las materias. Ahora todo eso se desmorona. Los contados casos que he citado ya se produjeron, y se multiplicarán. Creo esto mucho más serio, mucho más pernicioso que las objeciones más o menos teóricas a un plan que, podrá decirse, se critica antes de juzgarlo en pleno desarrollo. La pulverización del profesorado es lo desesperante. Hay hasta un rebajamiento de la moralidad del profesor que debe optar, - como oportunamente se me comunicó por nota oficial, - por la materia que quiera dictar, dado que la que enseña desaparece del plan.

* *** *

Pero el problema quizás se aclara si se repara en otra cosa que los que hemos vivido la vida profesoral en los últimos años hemos comprobado muy bien. El sentido de la jerarquía del profesor se ha ido rebajando de modo sensible. Existe actualmente un régimen, el de las libretas de anotaciones, que ha contribuido en buena parte a ello. No he encontrado jamás un profesor, que aceptara de buen grado las actuales libretas. ¿Por qué? Con leer las instrucciones para su uso, las instrucciones aclaratorias de las instrucciones y las ampliaciones de las instrucciones aclaratorias, que decoran todo el comienzo de las libretas y con leer el inefable modelo de ficha estudiantil engarzado en ellas, alcanza. Las libretas, con las anotaciones que se exigen y que se hacen con la perfecta indiferencia de saber que para nada servirán, porque nadie las lee, ni las ha leído, ni las leerá, las libretas, digo, sólo sirven para distraer al profesor, para obligarlo a perder tiempo, para impulsarlo a ennegrecer las páginas con la displicencia del que escribe

algo para llenar sitio. La realidad es rudamente así, a pesar de las bellas cosas tan bellamente dichas que encabezan estos libros mayores. Todos los profesores piensan eso. Interrógueseles.

Pero, además, estas libretas célebres dieron lugar, a fines del pasado año escolar, a una resolución que no puedo silenciar, porque hubo de ser causa de mi renuncia instantánea, si no me hubiera detenido el interés de mis pobres alumnos. El Consejo de Enseñanza Secundaria resolvió en vista de que buena parte del profesorado no había llenado las libretas (ese solo hecho demostraría su eficacia) que se procediera a la revisación de todas, que los alumnos de los profesores que no las tuvieran al día no pudieran ser promovidos y que se fijaran los nombres de los profesores omisos en los pizarrones de los liceos. No comento esta resolución porque quiero conservar la mayor altura en estas consideraciones. Sé que no renuncié porque faltaba una semana para la terminación de los cursos y para las reuniones de promoción, de las que de hecho me eliminaba con grave perjuicio de mis discípulos. Y sé que se me presentó la evidencia de que no podría continuar más en la Sección, porque yo había creído siempre que el ser profesor de Enseñanza Secundaria era una jerarquía, y los hechos me iban persuadiendo a mazazos que eso había dejado de ser verdad.

* *** *

El Decanato que recién termina ha coincidido con esto que, para mí, es un derrumbe. Ha corrido el tiempo desde que aquel gran espíritu que fue el Dr. Miguel Lapeyre echó las bases de la Enseñanza Secundaria y fundó el Liceo Rodó. Es con gran sentimiento de tristeza que comprobamos todo lo que se ha desandado, todo lo que se ha pervertido. Pienso que la Sección de Enseñanza Secundaria está sumida en la crisis más grave que he presenciado. Quiera la suerte que el Sr. Decano, que posee la totalidad de las condiciones para dirigirla y orientarla, pueda presidir la enmienda de tanta equivocación.

Y ahora sólo me resta pedir al Honorable Consejo que vea en estos fundamentos de mi renuncia del profesorado, no una pretenciosa expresión de cargos, porque jamás fue ése mi propósito, sino el arranque sincero de alguien que sólo reivindica, como mérito de sus viejos años profesorales, el invariable fervor con que dictó sus modestos cursos.

Como se ve no calla sus críticas, ni siquiera las atempera, sino que es claro y preciso, naturalmente que dentro de la mayor corrección y altura; renuncia pero no es una fuga, ni un eludir responsabilidades sino que es la única salida decorosa para su dignidad de profesor que sabe que ha cumplido por más de veinte años con su deber.

*** * ***

Otro momento singular se produce en 1934 cuando, discorde con la nueva orientación dada al Sindicato Médico, presentó renuncia al mismo. Muiños había sido fundador del Sindicato Médico en el año 1920 y había ocupado diversos cargos dirigentes entre otros el de Tesorero. Había actuado activamente en el mismo y sido asiduo colaborador en la revista en que aparecieron varios artículos suyos con semblanzas evocativas de Soca, Dighiero, etc. El Sindicato Médico tenía fines precisos que establecían como objetivo la *defensa de los intereses morales y materiales de los afiliados y de los médicos en general; solución decorosa y práctica de todas las cuestiones económicas y profesionales relacionadas con el cuerpo médico; mejoramiento, por medios legales, del ejercicio profesional y de la situación del médico; coadyuvar a la ampliación de la cultura general y perfeccionamiento de la preparación técnica de los médicos; obtención de disposiciones legales para amparo del médico y su familia en casos de enfermedad, vejez o muerte; organización racional del mutualismo; mejoramiento de leyes y disposiciones referentes a la Asistencia e Higiene Públicas y a la medicina social; protección de sus afiliados contra las trasgresiones de los preceptos de la moral profesional; defensa jurídica de sus afiliados en los casos previstos en este reglamento.* Y Muiños está plenamente identificado con esos objetivos. Pero al comienzo de la década del 30 ingresan al Sindicato un grupo numeroso de muy distinguidos médicos jóvenes, con nuevas ideas, comprometidos con la realidad social y política que vive el país al que ven hundirse en la crisis que ha de desembocar en el golpe de Estado del 31 de marzo de 1933. También vibran esos jóvenes con la problemática política y social del mundo amenazado por el fascismo y que se dirige hacia la guerra. Entonces y son palabras del propio Muiños: *Empiezan a cambiar los métodos de lucha, que se hace más agresiva, más gremialista. No está lejano el día en que el Sindicato declara su solidaridad con el Sindicato de Artes Gráficas en conflicto con las empresas periodísticas, e invitado a adherirse a un mitin contra la dictadura* (estamos en 1934) *cuesta desechar un*

formidable alegado de Fosalba que propone la negativa, porque subordina la adhesión del Sindicato a la formulación previa del mitin, de un programa de reivindicaciones que ha de ser su bandera y en el que se articulan las siguientes: 1.- Contra todas las declaraciones. 2.- Por la libertad de expresión.- 3.- Contra los sindicatos del Estado.- 4.- Contra el ministro de Salud Pública.- 5.- Contra todos los gobiernos reaccionarios, fascistas y militares.- 6.- Por la defensa de la libre agremiación de los individuos y por el respeto de los sindicatos profesionales, estudiantiles y obreros. 7.- Por la mejor asistencia de los enfermos y mejor retribución del personal hospitalario. 8.- Por la lucha contra la desocupación obrera y profesional y por el mejoramiento económico de los trabajadores. La resolución final no acepta la proclamación en esta circunstancia, de todo este programa, pero yo voy convenciéndome de que mi concepto de la función del Sindicato no armoniza con estas tendencias. Yo he concebido el Sindicato como una corporación que vela por la representación, la

MARIO C. SIMETO (1882-1930)

corrección y la dignidad de los médicos; lo entiendo más como lo que corresponde a una **Orden de los Médicos** ***que como una entidad que da idéntica importancia a los intereses materiales. El*** **Boletín** ***de Simeto*** [10] ***ha desparecido y lo ha sustituido*** **Acción Sindical** ***que, junto a la propaganda fundamental en que todos concordamos, ataca temas que no creemos pertinentes. Integramos en estos momentos, con más precisión, año 1934 -, el Consejo Arbitral del Sindicato, siempre con el deseo de aportar lo que podamos a la querida institución. Pero se formaliza la idea de crear el Centro de Asistencia, con la que estoy en formal desacuerdo. Y resuelvo desligarme de la corporación.*** **La nota renuncia es del 3 de octubre de 1934. Y dice luego en la misma conferencia de 1960:** ***Sigo adhiriendo a la idea del Sindicato defensor de los intereses morales y materiales, propugnador de la mayoría de las leyes y disposiciones referentes a las leyes de la asistencia, la higiene y la medicina social, protector de sus afiliados contra las transgresiones de los preceptos de la moral profesional. Lo que me ha separado son las tácticas, el lenguaje, los procedimientos. Y como mi filosofía escéptica me ha habituado a respetar las ideas de los demás para que se respeten las mías, no me he considerado habilitado para criticar un ideario que no es el mío. Es justo que confiese que mis juicios han cambiado, con los años, en la apreciación de algunos aspectos: en lo relativo al Centro de Asistencia, por ejemplo, el que no tenía razón era yo.*** **(Conferencia en el acto académico celebrado en el SMU el 11 de agosto de 1960 con motivo de su 40 aniversario). Una vez más la actitud reticente, al replegarse cuando sus convicciones no concuerdan. Es que su temperamento no es de lucha, es que prefiere conservar sus energías intactas para la actividad que en la vida le será más querida: la profesión de médico. Pero claro y leal en sus procederes; firme en sus opiniones y de una honradez intelectual que lo lleva hasta reconocer públicamente su error, veintiún años después.**

También como muestra de una psicología que prefiere el renunciamiento es el incidente, ya mencionado, de su conferencia que debió suspender en agosto de 1958 a consecuencia de la huelga estudiantil y la respuesta a la invitación del Decano para dictar en 1951 el curso de Cultura Médica.

[10] TURNES, Antonio L.: Mario C. Simeto (1882-1930). En: http://www.smu.org.uy/dpmc/hmed/historia/articulos/simeto.pdf (Consultada el 31.03.2013)

MUIÑOS Y SOCA

Conoció a Soca a los 24 años, en 1913 cuando, estudiante de 3er. año de medicina ingresó a la Clínica del Maestro, en el apogeo de su indiscutible magisterio y de sus excepcionales condiciones intelectuales.

Soca lo magnetizó; desde ese día hasta la noche, repetidamente evocada del 29 de marzo de 1922 en que vela al Maestro moribundo, recibe de Soca no solamente las insuperables enseñanzas de la Clínica Médica, sino, lo que es mucho más importante, un modelo de médico, la impresión de una personalidad superior y avasallante, que no admite comparaciones y que suscita la admiración, el agradecimiento y el cariño. En su viaje a Europa (1918-1920) frecuenta las lecciones de otros grandes maestros de la clínica Widal, - en primer término – Pierre Marie, Hutinel, Vaquez, Gilbert; pero la personalidad de Soca no solamente no sufre en la comparación sino que al contrario surge más vívidamente, aventajando a todos. Luego de oír una clase sobre asma de algún profesor francés, escribe: *Debería ir a Montevideo a aprender lo que es el asma con Soca.* Fue, por propia decisión y por indestructible lazo emotivo y sentimental un acólito de esa escuela *Argerich* (nombre de la sala del Hospital maciel en que enseñaba Soca y que hoy lleva el nombre de *Sala Soca)* condición que siempre exhibió con orgullo hasta este magnífico prólogo a la obra de Soca, obra póstuma, a la que dedicó interminables horas de los últimos años de su vida, hasta que la enfermedad que lo llevó a la tumba se lo impidió.

Cabe reconocer que hubo aspectos muy salientes de la personalidad de Soca que Muiños nunca buscó imitar porque lo admiraba como médico y como hombre superior, pero no lo imitaba servilmente, nunca quiso intervenir en política, actividad en la que Soca participó durante veinte años de su vida. Debemos admitir que con sus relaciones, con su indudable superioridad intelectual y con su probidad moral, le hubiera sido fácil, en cualquiera de los partidos políticos, ocupar escaños parlamentarios y quizás dignidades más elevadas en una época en que los caudillos elegían inapelablemente quienes debían integrar las listas. No quiso. Prefirió siempre el campo en que se sentía tan feliz del ejercicio profesional y la frecuentación de sus libros y sus poetas, al trajinar político con sus luchas, sus

choques, sus embates y sus violencias. Y es que H. H. Muiños no fue un hombre de lucha, sino un intelectual de meditación y estudio. En la conferencia sobre Morquio (1960) incluye una frase en la que encontramos un destello auténtico de su personalidad: *Consiéntanme, al terminar, una confesión: he sido un indiferente, o peor, un fugitivo en el camino de los honores, amando los senderos solitarios o escasamente transitados.*

Tampoco fue como Soca un esclavo de su pasión por la medicina y de su inquebrantable ambición de alcanzar posiciones. Es bien antagónica la actitud de ambos en su viaje a Europa. En París, Soca no atiende a nada más que a sus estudios médicos; ignora todo lo demás que encierra la gran ciudad; ¡El París de 1885-88, capital del mundo del arte! Muiños trabaja intensamente, concurre a hospitales, estudia, asiste a clases y llena la mayor parte de su tiempo con sus estudios médicos; pero concurre al teatro con frecuencia, visita museos, asiste a conciertos y se empapa de todas esas infinitas formas de la cultura como obra del hombre que sólo París puede ofrecer. Nos place imaginarlo *en flanant* por las callejas estrechas y tortuosas del *Quartier Latin,* donde casi cada casa emana evocación de arte y cultura, para llegar, casi insensiblemente, llevado por el natural declive del terreno, hacia los *Quai* y allí refistolear en los beneméritos cajones de los *bouquinistes* en busca del libro precioso, que por sólo unos pocos francos se lleva a casa y se conserva de por vida como un tesoro al que se hojea con frecuencia para embriagarse con todo el aroma de recuerdos imborrables de juventud…

Tenía el orgullo de decir que había sido el último Jefe de Clínica de Soca (1920-1922) y no hay duda alguna que, desaparecido Juan C. Dighiero (19 julio 1923)[11] fue Muiños quien más cabalmente y con mayor jerarquía, representó a la escuela médica de Francisco Soca.

Esta admiración, esta fidelidad en el recuerdo se expresan de modo admirable en el prólogo escrito especialmente para el volumen de Soca.

Tuvo por Soca una admiración sin límites que duró hasta su muerte y tomó al Soca médico, en su voluntad invencible, en su

[11] MALOSETTI, Hugo y DIGHIERO ARRARTE, Graciela: Juan Carlos Dighiero (1880-1923). En Médicos Uruguayos Ejemplares, Tomo 2, 1989. Horacio Gutiérrez Blanco, Editor; pp. 193-196. En: http://www.smu.org.uy/publicaciones/libros/ejemplares_ii/art_29_dighiero.pdf

(Consultada el 31.03.2013).

capacidad intelectual y de trabajo, en su vocación de médico, en su realización plena como un clínico insuperable, en sus condiciones de maestro, a la vez sencillo y profundo, como ejemplo para su propia formación y actividad como médico; pero no le cegó hasta imitarle servilmente en todas las actividades de aquella personalidad desbordante y contradictoria, sino que labró su senda en la vida de acuerdo a sus propias convicciones. Esta misma semblanza sobre Soca que escribe al final de su vida no hurta las facetas menos favorables de aquella personalidad genial y conflictiva, sino que las muestra en toda su crudeza, en todas sus riquezas de matices y claroscuros con el vigor de un aguafuerte.

* * *

En el año 1947 había sufrido un cuadro de angor por insuficiencia coronaria, que fue interpretado como un infarto de miocardio; de este accidente se repuso completamente y volvió a sus actividades como siempre, prolongando algo más sus vacaciones en Punta del Este, pero atento siempre a los requerimientos de su clientela. Fue en este período que escribió su libro publicado en 1958.

Hacia el mes de abril o mayo de 1971 comenzó a sufrir trastornos nerviosos, principalmente en la orientación y equilibrio; los síntomas neurológicos fueron agravándose progresivamente, aparecieron movimientos involuntarios y debió guardar cama.

El 19 de agosto de 1971 bruscamente terminó aquella existencia que había dedicado toda su vida a *la medicina, una noble profesión* con la entrega y la dedicación de los elegidos.

Washington Buño